

www.formarse.com.ar

GIBRÁN KHALIL GIBRÁN

**LAGRIMAS Y SONRISAS
(1914)**

PALABRAS PRELIMINARES

En ningún caso cambiaría las risas de mi corazón por las riquezas de las multitudes; ni me contentaría con convertir en quietud a las lágrimas de mi agonía interior. Es mi ferviente deseo que toda mi vida en esta tierra sea por siempre de lágrimas y sonrisas.

Las lágrimas que purifican mi corazón y me revelan el secreto de la vida y sus misterios,
La risa que me acerca a mis prójimos;
Las lágrimas que me unen a los desdichados,
La risa que simboliza la dicha de mi propio ser.

Prefiero mil veces la muerte feliz antes que una vida vana e inútil.

Un ansia eterna de amor y belleza es mi deseo;

ahora se que los favorecidos no son sino desdichados, pero para mi espíritu los suspiros de los amantes son más reconfortantes que la melodía de una lira.

La flor envuelve sus pétalos al oscurecer y el Amor la arrulla, y al amanecer abre los labios para recibir los besos del Sol anunciados por fugaces cúmulos de nubes que llegan y se van.

La vida de las flores es esperanza y logros y paz; es de lágrimas y risas.

Se evaporan las aguas y ascienden hasta convertirse en nubes que se arraciman en los picos y los valles; y al enfrentar la brisa, cae sobre los campos y se confunde con los arroyos que corren dichosos hacia el mar.

La vida de las nubes es una vida de reuniones y despedidas; de lágrimas y sonrisas.

Así el alma se separa del cuerpo y se dirige hacia el mundo material, transitando como una nube por los valles de tristeza y las.. montañas de felicidad, hasta que enfrenta a la brisa de la muerte y retorna a su lugar de origen, ese océano infinito de amor y belleza que es Dios.

LA CREACIÓN

El Dios desprendió un hálito de Sí mismo y de él creó a la belleza. Derramó sobre ella su bendición y

la dotó de gracia y bondad. Le dio la copa de la felicidad y le dijo:

-No bebas de esta copa hasta que hayas olvidado el pasado y el futuro, porque -la felicidad no es nada más que un momento pasajero.

Y Él también le dio la copa de la tristeza y le dijo:

-Bebe de esta copa y comprenderás el significado de los fugaces instantes de dicha en la vida, porque la tristeza está siempre presente.

Y el Dios la dotó de un amor que la abandonaría para siempre en el momento en que ella experimentara por primera vez la alegría terrena, y de una dulzura que se desvanecería cuando conociera por primera vez la adulación.

Y Él la colmó de sabiduría celestial para que la llevara por el recto sendero, y colocó en lo profundo de su corazón un ojo que distinguiera lo oculto, y la creó afectuosa y bondadosa para con todas las cosas. La atavió con vestiduras de esperanza bordadas por los ángeles del cielo con las hebras del arco iris. Y Él evitó que cayera en las sombras de la confusión, que es el alba de la vida y la luz.

Entonces el Dios tomó el fuego exiguo de la hoguera de la ira, y el viento arrasador de los desiertos de la ignorancia, y las filosas arenas de las playas del egoísmo, y la tosca tierra pisoteada por los siglos, y a todos los mezcló y modeló al Hombre. Dotó al Hombre del ciego poder que lo

enfurece y lo enloquece, y esa locura sólo se extingue ante el acuciante deseo, y lo llenó de vida, fantasma de la muerte.

Y el Dios rió y lloró. Se sintió abrumado de amor y conmiseración por el Hombre, y lo privó de Su protección.

¡APIÁDATE DE MI CORAZÓN, ALMA MÍA!

¿Por qué lloras, Alma mía?
¿Acaso desconoces mis flaquezas?
Tus lágrimas me asaetean con sus puntas,
Pues no sé cuál es mi error.
¿Hasta cuándo he de gemir?
Nada tengo sino palabras humanas
Para interpretar tus sueños,
Tus deseos, y tus dictados.

Contéplame, Alma mía; he
Consumido días enteros observando
Tus enseñanzas. ¡Piensa en todo
Lo que sufro! Siguiéndote mi
Vida se ha disipado.

Mi corazón se ha glorificado en el
Trono, pero ahora no es más que un esclavo;
La paciencia era mi compañera, mas
Ahora se ha vuelto en mi contra;

La juventud era mi esperanza, mas
Ahora desaprueba mi abandono.

¿Por qué eres tan acuciante, Alma mía?
He rehusado el placer
Y he abandonado la dicha de la vida
En pos del camino que tú
Me has obligado a recorrer.
Sé justa conmigo, o llama a la Muerte
Para que se desencadene,
Pues la justicia es tu virtud.

Apiádate de mi corazón, Alma mía.
Tanto Amor has vertido sobre mí que
Ya no puedo con mi carga. Tú y el
Amor son un poder inseparable; la Materia
Y yo somos una debilidad inseparable.
¿Cesará alguna vez el combate
Entre el débil y el poderoso?

Apiádate de mí, Alma mía.
Me has mostrado la Fortuna
Inalcanzable. Tú y la Fortuna moran
En la cumbre de las montañas; la Desdicha y
yo
Estamos juntos y abandonados en lo profundo
Del valle. ¿Se unirán alguna vez
El valle y la montaña?

Apiádate de mí, Alma mía.
Me has mostrado la Belleza y luego
La has ocultado. Tú y la Belleza moran
En la luz, la ignorancia y yo
Somos uno en la oscuridad. ¿Invadirá
La luz alguna vez las tinieblas?

Tu deleite llega con el Fin,
Y ahora te revelas anticipadamente;
Mas este cuerpo sufre por la vida
Mientras vive.
Esto es, Alma mía, el desconcierto.

Presurosa huyes hacia la Eternidad,
Mas este cuerpo fluye lento hacia
El Fin. Tú no lo esperas,
Y él no puede apresurarse.
Esto es, Alma mía, la tristeza.

Te elevas raudamente, por el mandato
De los cielos, mas este cuerpo se desploma
Por la ley de gravedad. No lo consuelas
Y él no te quiere.
Esto es, Alma mía, la desdicha.

Eres rica en sabiduría, mas este
Cuerpo es pobre en comprensión.

Tú no te arriesgas
Y él no puede obedecer.
Esto es, Alma mía, el límite de la
desesperación.

En el silencio de la noche visitas
Al enamorado y gozas con la dulzura
De su presencia. Este cuerpo será por siempre
La amarga víctima de la esperanza y la separación.
Esto es, Alma mía, la tortura despiadada.
¡Apiádate de mí, Alma mía!

DOS PEQUEÑOS

El príncipe estaba de pie en el balcón de su palacio,
y dirigiéndose a la inmensa multitud allí reunida.

-Dejadme que ofrezca a vosotros y a esta vasta
nación afortunada -dijo- mis felicitaciones por el
nacimiento del nuevo príncipe que llevará el nombre
de mi noble familia, y de quien es justo que os
enorgullezcáis. Es el nuevo portador de esta ilustre
estirpe, y de él depende el gran futuro del reino.
¡Cantad y sed dichosos!

La voz de la multitud embargada de dicha y
agradecimiento, colmaba los cielos de jubilosas
melodías, recibiendo al nuevo tirano que ceñiría en
sus cuellos el yugo opresor, gobernando a los
débiles con autoritaria crueldad, explotando sus

cuerpos y devorando sus almas. A ese destino atroz el pueblo elevaba sus cánticos, y brindaba extasiado por la salud del nuevo emir.

En ese mismo momento otro niño abría los ojos a la vida del reino. Mientras la muchedumbre glorificaba a los poderosos y se empequeñecía alabando a un déspota en cierne, y mientras los ángeles del cielo vertían lágrimas sobre la debilidad del pueblo y el servilismo de sus gobernantes, una mujer enferma meditaba. Vivía en una vieja casucha semidestruída, y a su lado, en un burdo lecho y envuelto en harapientos pañales, su bebé recién nacido se moría de hambre. Era una pobre y desdichada joven desdeñada por la humanidad; su esposo había muerto víctima de la opresión real, dejando a una solitaria mujer a quien Dios había enviado esa noche un diminuto compañero, que le impidiera trabajar y ganarse el sustento.

Cuando la muchedumbre se dispersó y el silencio ganó el vecindario, la infortunada mujer acunó al niño en su regazo y contempló su rostro, llorando sobre él como si fuera a bautizarlo con lágrimas. Y con voz debilitada por el hambre, miró al niño y le dijo:

-¿Por qué has abandonado el mundo espiritual y has venido a compartir conmigo las amarguras de la tierra? ¿Por qué has dejado a los ángeles y el vasto firmamento y has venido a habitar esta mísera tierra

de humanos, plena de agonía, opresión y crueldad? Nada tengo para ofrecerte excepto lágrimas; ¿te alimentarás de lágrimas y no de leche? No tengo mantos de seda para arroparte; ¿acaso podrán mis pobres brazos desnudos darte calor? Los animales pequeños pastan en los prados y regresan a salvo a sus establos; y las aves pequeñas recogen las semillas y duermen plácidamente en las ramas de los árboles. Pero tú, amor mío, tan sólo tienes una desvalida madre que te ama.

Entonces llevo la boca del pequeño hasta su mustio seno y lo rodeó fuertemente con sus brazos, como si quisiera fundir los dos cuerpos en uno, como antes. Elevó lentamente sus encendidos ojos al cielo y gritó:

-¡Dios, ten piedad de mis infortunados compatriotas!

En ese momento las nubes dejaron entrever el rostro de la luna, cuyos rayos se colaban por los intersticios de aquella humilde morada, cayendo sobre ambos cuerpos.

LA VIDA DEL AMOR

Primavera

Ven, amada mía; caminemos entre las cumbres,

Que la nieve es agua, y la Vida ha despertado
de su

Letargo y vaga por montes y valles.

Sigamos las huellas de la Primavera hasta los
Campos lejanos y trepemos las cuestas para
elevar la

Inspiración por encima de las húmedas y
fértiles praderas.

La Primavera ha desplegado al alba sus
adormecidos ropajes invernales

Y los ha colocado en los melocotoneros y los
citros,

Y parecen novias en el rito ceremonial de
La Noche de Kedre.

Los retoños de las vidas se enlazan como
Amantes, y los arroyos irrumpen con su
danza

Entre las rocas, entonando la canción de la
alegría;

Y las flores surgen súbitamente del corazón
de la

Naturaleza, como la espuma surge del
corazón pródigo del mar.

Ven, amada mía; bebamos en copas de lilas
las

Ultimas lágrimas del Invierno; quietemos el

espíritu

Con una cascada de trinos y vaguemos
Extasiados por la brisa embriagadora.

Sentémonos junto a esa roca, donde se
ocultan las violetas,

Contemplemos el tierno encuentro de sus
besos.

Verano

Internémonos en los campos, amada mía, que
se

Aproxima el tiempo de la cosecha, y los ojos
del sol

Maduran las mieses.

Brindémonos a los frutos de la tierra, como el
Espíritu alimenta los granos de Dicha de las
Semillas del Amor en lo profundo del
corazón.

Colmemos nuestras alforjas con los frutos de
la

Naturaleza, como la vida colma pródigamente
los

Dominios de nuestras almas con infinita
bondad.

De flores hagamos nuestro lecho, y de

Cielo nuestra manta, y reclinémonos, juntas
las cabezas
Con suave heno por almohada.
Descansemos de nuestra diaria labor, y
escuchemos
El exasperante murmullo del arroyo.

Otoño

Vayamos a recoger las uvas de los viñedos
Para el lagar, y guardemos el vino en antiguos
Toneles, así como el espíritu guarda la
Sabiduría
De las eras en eternas vasijas.
Regresemos a nuestra morada, que el viento
Ha arrancado las hojas cenicientas y
amortajado las
Mustias flores que susurran elegías al Verano.
Ven a casa, eterna amada, que las aves
Peregrinas emigraron hacia el calor y
abandonaron

Las heladas praderas solitarias. El jazmín
Y el mirto se han quedado sin lágrimas.

Retirémonos, que el fatigado arroyo ha
Cesado de cantar; y las burbujeantes
vertientes

Desbordan de copiosos gemidos; y las
Viejas y cautelosas montañas han ocultado
Sus vívidas vestiduras
Ven, amada mía; la Naturaleza está ya
fatigada
Y dice adiós al entusiasmo
Con su apacible melodía satisfecha.

Invierno

Ven a mí, oh compañera de toda la vida;
Ven a mí y no dejes que el invierno se
Interponga. Siéntate conmigo junto al hogar,
Que el fuego es el único fruto del Invierno.

Háblame de la dicha de tu corazón, pues
Es más sublime que los encolerizados
elementos
Tras nuestra puerta,
Asegura la puerta y las ventanas, que el
Colérico semblante de los cielos me deprime,
Y la visión de nuestros campos cubiertos de
nieve
Hace lagrimear mi alma.

Alimenta la lámpara con aceite y no dejes que
su luz
se desvanezca, y

Colócala junto a ti, para que pueda leer con
lágrimas

lo que

Tu vida a mi lado ha escrito en tu rostro.

Trae el vino del otoño. Bebamos y cantemos
la

Canción del recuerdo a la azarosa siembra de
la

primavera,

Y a los afanosos desvelos del verano, y a la
recompensa

Del otoño en tiempos de cosecha.

Acércate a mí, oh amada de mi alma; el
Fuego se extingue y huye bajo las cenizas.
Abrázame, pues me siento solo; la luz es
Mortecina, y el vino que destilamos nos
entrecierra

Los ojos. Contemplémonos uno al otro antes
De que se cierren por completo.

Búscame con tus brazos y rodéame; deja
Que el sueño funda nuestras almas.

Bésame, amada, que el Invierno nos ha
despojado,

Pero aún nos quedan trémulos nuestros
labios.

Estás junto a mí, Eterna mía.

¡Qué profundo y vasto ha de ser el océano del

sueño;

Y que cercano está el amanecer!

LA MORADA DE LA RIQUEZA

Mi fatigado corazón se despidió de mí para irse a la Morada de la Riqueza. Al llegar a esa ciudad sagrada, que el alma había alabado y glorificado, comenzó a vagar desconcertado ante la ausencia de lo que siempre había imaginado hallar. La ciudad estaba vacía de poder, riquezas y autoridad.

Y mi corazón se dirigió a la hija del Amor y le dijo:
-Oh, Amor, ¿dónde puedo hallar a la Satisfacción?
He oído que ha venido a hacerte compañía.

Y la hija del Amor respondió:

-La Satisfacción ya se ha ido a predicar su evangelio a la ciudad donde gobiernan la avidez y la corrupción. No la necesitamos.

La Riqueza no implora Satisfacción, porque ésta es recompensa terrena, con deseos colmados de objetos materiales. La Satisfacción es expresión del corazón.

El alma eterna no está nunca satisfecha; su objetivo es la búsqueda permanente de lo sublime. Así mi corazón se dirigió a la Belleza de la Vida y le dijo:

-Tú eres toda Sabiduría; ilumíname como el misterio de la Mujer.

-Oh, corazón humano -Ella me respondió-, la mujer

es tu propio reflejo, lo que tú eres, y se halla dondequiera que tú estés; es como la religión desoída por el ignorante, y como la luna límpida de nubes, y como la brisa libre de impurezas. Y mi corazón se encaminó hacia la Sabiduría, hija del Amor y la Belleza, y le dijo:

-Concédeme Sabiduría, y la compartiré con los míos.

-No nombres a la sabiduría sino a la Riqueza -ella me respondió-, pues la verdadera riqueza no proviene de lo externo sino que nace en lo más Profundo de la vida. Compártela con los tuyos.

EL CANTO DEL MAR

La sólida playa es mi amada
Y yo su amante.
Nos une el amor, pero
La luna me aparta celosa de ella.
Me acerco presuroso y me resisto a
Alejarme, despidiéndome con un
Pequeño y tenaz adiós.

Me revelo con rapidez tras el
Horizonte azul, derramando mi espuma
De plata sobre sus arenas de oro
Transformándonos en una fulgurante
amalgama.

Aplaco su sed y sumerjo su
Corazón; ella suaviza mi voz y atempera
Mi ánimo.

Al alba susurro reglas del amor en
Sus oídos, y ella me abraza con ternura.

Al atardecer entono la melodía de la
Esperanza, y luego cubro su rostro de
Suaves besos; soy temible y veloz, mas ella
Es calma, paciente y reflexiva. En su
Vasto seno se aplaca mi impaciencia.
A cada reflujo de la marea nos acariciamos
A cada flujo me hincó a sus pies en oración.

Muchas veces he danzado en torno a las
sirenas

Que surgían de las profundidades y se
recostaban

Sobre las crestas de mis olas a contemplar las
estrellas;

Muchas veces he escuchado a los enamorados
renegar

De su pequeñez, y los he ayudado a suspirar.

Muchas veces he herido a las grandes rocas
Y las he calmado con una sonrisa, pero nunca
Me prodigaron sus risas;

Muchas veces he salvado almas que se ahogaban

Y llevado tiernamente hasta mi amada Playa. Ella le insufla fuerzas así como Agota las mías.

Muchas veces he robado gemas de las Profundidades para ofrecerlas a mi Amada Playa. Ella las toma en silencio, y yo Soy feliz pues siempre sale a recibirme.

En la noche informe, cuando todas las Criaturas persiguen el espectro del Sueño, yo Me incorporo, canto un momento y Suspiro después. Siempre estoy despierto.

¡Hay! ¡La vigilia ha sorbido mis fuerzas!
Pero soy un enamorado, y es fuerte la Verdad del amor.

Puedo fatigarme, mas nunca moriré.

UN POETA SOLO ES EN SU MUERTE

Negras Alas de noche envolvieron la ciudad que la Naturaleza había cubierto con un impoluto manto de nieve; los hombres abandonaban las calles buscando la calidez del hogar, mientras el viento norte

arrasaba los jardines. En las afueras se adivinaba la silueta de una añosa cabaña semioculta en la nieve y a punto de derrumbarse. En un oscuro rincón de la casucha, con la mirada fija en la tenue luz de una lámpara de aceite que el viento hacía oscilar, un joven agonizaba en humilde lecho. Era un hombre en la plenitud de su vida; veía aproximarse llegar la hora que lo liberaría de las garras de la vida. Aguardaba agradecido la visita de la Muerte; su pálido rostro revelaba los primeros destellos de esperanza y en sus labios asomaba una amarga sonrisa que sus ojos bondadosos desmentían.

Era un poeta muriendo de hambre en la ciudad de las riquezas perennes. Llegó a esta mundo a alegrar el corazón de los hombres con palabras de profunda belleza y sentido. Era un alma noble, enviada por la Diosa de la Comprensión para aquietar y colmar de bondad el espíritu del hombre. Pero ¡Ay! el hombre se marchó feliz de la tierra incommovible sin recibir ni una sonrisa de sus extraños moradores.

El hombre expiraba, y no había nadie a su lado salvo la lámpara de aceite, fiel compañera, y algunos papeles sobre los que había escrito sus más profundos sentimientos. Rescatando las pocas fuerzas que aún no lo habían abandonado, alzó los brazos al cielo; recorrió desesperadamente el techo con la mirada, como si quisiera poder contemplar las estrellas veladas por las nubes, y dijo:

-Ven, oh bella Muerte; mi alma te reclama. Aproxímate y líbrame de las cadenas de la vida, que me he fatigado arrastrándolas. Ven, oh tierna Muerte, y aléjame de mis semejantes que me observan extrañados, pues yo les descifro el lenguaje de los ángeles. Apresúrate, oh calma Muerte, y apártame de la multitud que me relegó al oscuro olvido, pues yo no soy como ellos que hostigan a los débiles. Ven, oh Muerte plácida, y cúbreme con tus blancas alas, pues mis compatriotas me desdeñan. Rodéame, oh Muerte, con tus tiernos brazos misericordiosos; deja que tus labios rocen los míos que no conocen el sabor de los besos maternos, ni acariciaron jamás mejillas fraternales ni manos amorosas. Ven, Amada Muerte, y llévame contigo.

Entonces junto al lecho del poeta agonizante apareció un ángel de belleza divina y sobrenatural, en cuyas manos había un ramo de lilas. Lo rodeó con sus alas y cerró sus ojos para que sólo pudiera ver con el ojo de su espíritu. Selló sus labios con un beso tierno y prolongado que imprimió a su rostro el gesto de la eterna plenitud. Luego la habitación quedó vacía, excepto los pergaminos y páginas que el poeta dispersado amarga e inútilmente.

Siglos después, cuando los habitantes de la ciudad despertaron del asfixiante adormecimiento de la ignorancia y vieron los primeros atisbos de

sabiduría, le levantaron un monumento en el jardín más bello de la ciudad y cada año dedicaron una fiesta en honor de aquel poeta, cuyos escritos los había liberado. ¡Oh, qué cruel es la ignorancia humana!

PAZ

La tempestad se apaciguó tras combar las ramas de los árboles y reclinar todo el peso de su furia sobre las mieses de los campos. Las estrellas surgieron como maltrechos resabios de lejanos truenos y el silencio llenó el espacio como si la Naturaleza nunca hubiera librado su batalla.

Entonces, una joven penetró en su habitación y se hincó junto al lecho gimiente. Su corazón desbordaba de agonía, pero pudo finalmente despegar los labios.

-Oh Señor, haz que regrese a salvo al hogar -dijo-. He agotado las lágrimas y nada más puedo ofrecerte, oh señor magnánimo y misericordioso. Mi paciencia se ha consumido y la calamidad busca apoderarse de mi corazón. Sálvame, oh Señor, de las tenaces garras de la Guerra; líbralo de la Muerte despiadada pues está a merced de los poderosos. Oh Señor, salva a mi amado que es Tu hijo, del enemigo que también es Tu enemigo. Desvíalo del sendero impuesto y guíalo hasta las puertas de la Muerte;

deja que me vea, o ven y llévame con él.

Un joven entró serenamente. Tenía la cabeza cubierta por vendas impregnadas con la vida que se le escurría.

Se le aproximó, recibéndola con lágrimas y risas; luego tomó su mano, la llevó a sus labios encendidos y con voz impregnada de lejana tristeza, y de la dicha del reencuentro, y de la incertidumbre de su reacción, le dijo:

-No temas, pues yo soy la causa de tus ruegos. Alégrate, la Paz me ha traído a salvo hasta ti, y la humanidad nos ha devuelto lo que la codicia intentó quitarnos. No te apenes; sonríe, amada mía. No te asombres, pues el Amor está dotado de poder para alejar a la muerte, y de encanto para conquistar al enemigo. Soy tuyo. No me contemples como a un espectro que emerge de la Morada para visitar la Morada de tu Belleza.

No temas, ahora soy la Verdad, surgida del fuego y las espadas para revelar a los míos el triunfo del Amor sobre la Guerra. Soy la Palabra que anuncia el comienzo de la dicha y la paz.

Luego enmudeció; sus lágrimas hablaban el lenguaje del corazón. Los ángeles de la Dicha rodearon aquella morada, y los dos corazones recobraron la unidad arrebatada.

Al alba los dos permanecieron de pie en medio de los campos, contemplando la belleza de la

Naturaleza herida por la tempestad. Tras un silencio profundo y reconfortante, el soldado miró el sol naciente y dijo a su amada:

-Mira, la Oscuridad está dando a luz el Sol.

EL CRIMINAL

Un hombre joven y fuerte, debilitado por el hambre, se hallaba sentado en la acera con la mano extendida hacia los transeúntes, mendigando y repitiendo la triste canción de su derrota en la vida, sufriendo el hambre y la humillación.

Al caer la noche, reseco los labios y la lengua, su mano aún estaba tan vacía como su estómago.

Con las pocas fuerzas que le quedaban logró salir de la ciudad y sentarse bajo un árbol a llorar amargamente. Entonces elevó los perplejos ojos al cielo mientras el hambre le corroía por dentro, y dijo:

-Oh Señor, fui a ver al rico y le pedí empleo, pero él me lo negó por mi pobreza; llamé a las puertas de la escuela, pero aquello fue alivio prohibido, pues tenía las manos vacías; busqué cualquier ocupación que me diera de comer, pero las puertas estaban cerradas. Me volqué con desesperación a la mendicidad, pero Tus adoradores al verme me decían: "Eres fuerte y holgazán, y no deberías mendigar."

"Oh Señor, por Tu voluntad mi madre dio a luz, y ahora la tierra me devuelve a ti antes del Fin de los tiempos.

Su expresión cambió súbitamente. Se puso de pie, y ahora sus ojos resplandecían decididos. Con una rama confeccionó un bastón duro y resistente, y señalando con él la ciudad gritó:

-Clamé por un mendrugo de pan con toda la fuerza de mi voz y me fue negado. ¡Ahora lo obtendré con la fuerza de mis brazos! Clamé por un mendrugo de pan en nombre de la misericordia y el amor, pero la humanidad desoyó mi llamado. Ahora lo tomaré en nombre de la maldad.

Los años implacables convirtieron al joven en ladrón, asesino, y destructor de almas; aniquiló a sus adversarios; acumuló una fabulosa riqueza con la que triunfó sobre los poderosos. Fue admirado por sus colegas, envidiado por el resto de los ladrones, y temido por las multitudes.

Sus riquezas y falso prestigio influyeron sobre el emir para que lo nombrara alcalde de aquella ciudad: el triste proceder de los pérfidos gobernantes. Entonces los robos fueron legales; la autoridad alentó la opresión; el aniquilamiento de los débiles fue un lugar común; las muchedumbres sobornaron y adularon.

¡Así fue como la primera manifestación de egoísmo humano hizo criminales a los mansos, y

asesinos a los hijos de la paz; así fue como la primitiva avidez de la humanidad creció y vive azotándose una y mil veces!

EL LUGAR DONDE JUEGA LA VIDA

Una hora en pos de la Belleza
Y el Amor merece un siglo entero de gloria,
Concedido al poderoso por el débil asustado.

Desde aquella hora proviene la Verdad del hombre; y
Durante aquel siglo la Verdad duerme en
Los desasosegados brazos de inquietantes sueños.

En aquella hora el alma ve con sus ojos
La Ley Natural, y durante aquel siglo se
Condena a sí mismo con la ley del hombre;
Y es encadenada por la férrea opresión.

Aquella hora inspiró los Cantares
De Salomón, y aquel siglo fue el ciego
Poder que destruyó el templo de Baalbek.

Aquella hora fue el nacimiento del Sermón de la
Montaña, y aquel siglo hizo temblar los

castillos de
Palmira y la Torre de Babilonia.

Aquella hora fue la Hégira de Mahoma, y
aquél

Siglo olvidó a Alá, el Gólgota y el Sinaí.

Una hora dedicada a condolerse y lamentarse
de

La igualdad arrebatada a los débiles es más
noble

que un

Siglo pleno de avidez y codicia.

Fue aquella hora la que vio al corazón

Henchido de pesares,

Iluminado por la antorcha del Amor.

Y desde ese siglo, las ansias de Verdad

Están sepultadas en el seno de la tierra.

Aquella hora es la raíz que debe revivir.

Aquella hora es la hora de la contemplación,

La hora de la meditación, la hora de la

Oración, y la hora de la nueva era del bien.

Y aquel siglo es la vida de Nerón
desperdiciada

En investiduras tomadas tan sólo de la

Materia terrena.

Así es la vida.

Representada en escenarios durante eras;

Registrada en la tierra durante siglos;

Inexplorada durante años;
Cantada como himno durante días,
Enaltecida sólo por una hora; pero esa
Hora es una gema preciosa de la Eternidad.

EL CANTO Y LA FORTUNA

El hombre y yo somos amantes.
Él me desea y yo suspiro por él,
Pero ¡ay! Entre nosotros va la
Portadora de desdichas.
Es cruel y exigente,
Poseedora de vacua seducción.
Su nombre es materia
Nos sigue dondequiera que vayamos
Y nos observa como un centinela, trayendo
Desasosiego a mi amante.

Busco a mi amado en los bosques,
Bajo los árboles, junto a los lagos.
No puedo hallarlo, pues la Materia
Lo ha impulsado hacia la clamorosa
Ciudad y lo ha sentado en el trono
De las deslumbrantes, metálicas riquezas.

Lo llamo con la voz del
Conocimiento y la canción de la Sabiduría.
No me escucha, pues la Materia

Lo ha encerrado en el calabozo
Del egoísmo, donde mora la avaricia.

Lo busco en los campos de la Satisfacción,
Pero estoy sola, pues mi rival me ha
Encarcelado en la caverna de la glotonería
Y la avidez, y allí me ha apresado
Con dolorosas cadenas de oro.

Lo llamo al alba, cuando la Naturaleza sonrío.
Pero él no oye, pues el exceso ha
Desbordado sus embriagados ojos de
enfermizo sueño.

Lo he entretenido al atardecer, cuando reina
el

Silencio

Y duermen las flores. Pero él no responde,
Pues el temor de lo que traerá el amanecer
Obnubila sus pensamientos.

Se esfuerza por amarme;
Me busca en sus propios actos. Pero no
Me hallará sino en los actos de Dios.

Me busca en los edificios de su gloria
Cimentada sobre los huesos de otros;
Me susurra desde
Sus montañas de oro y plata;

Pero sólo me hallará viniendo hasta
La morada de la Simpleza construida por
Dios
Al borde del manantial del afecto.

Desea besarme ante sus arcas,
Pero sus labios jamás rozarán los míos
excepto
En la riqueza de la brisa pura.

Me pide que comparta con él su
Fabulosa riqueza, pero yo no abandonaré la
Fortuna de Dios; no me despojaré de mis
bellos
ropajes.

Busca al engaño como término medio; yo
sólo busco
El centro de su corazón.
Hiere su corazón en la estrecha celda;
Yo enriquecería su corazón con mi amor.
Mi amado ha aprendido a condolerse y a
Llorar por mi enemiga, la Materia; Yo le
Enseñaría a derramar lágrimas de amor.

Y a tener misericordia en los ojos del alma
Por todas las cosas;
Y a suspirar satisfecho con
Esas lágrimas.

El hombre es mi amado;
A él quiero pertenecer.

LA CIUDAD DE LOS MUERTOS

Ayer me aparté de la bulliciosa muchedumbre y me interné en los campos, hasta una colina sobre la que la Naturaleza había desplegado sus atractivas galas. Ahora sí podía respirar.

Miré hacia atrás, y la ciudad surgió ante mí con sus magníficas mezquitas y suntuosas residencias, velada por el humo de las fábricas.

Comencé a meditar en la misión del hombre, pero sólo pude sacar en conclusión que su vida se identificaba con la lucha y el sufrimiento. Luego traté de no pensar en lo que habían hecho los hijos de Adán, y me concentré en los campos que son el trono de la gloria de Dios. En un lugar apartado pude ver un cementerio rodeado de álamos.

Allá, entre la ciudad de los muertos y la ciudad de los vivos, me senté a meditar. Pensé en el eterno silencio de aquellos primeros y en la tristeza infinita de estos últimos.

En la ciudad de los vivos hallé esperanza y desesperanza, amor y odio, alegría y tristeza, riqueza y pobreza, fidelidad e infidelidad.

En la ciudad de los muertos está sepultada la tierra

que en el silencio de la noche la Naturaleza convierte en vegetales, luego en animales y luego en hombres. Mientras mi alma se perdía en ese laberinto, vi que un cortejo se acercaba lenta y respetuosamente acompañado por una música que llenaba el cielo de triste melodía. Era un suntuoso funeral. El muerto era seguido por los vivos que vertían lágrimas por su partida. Al llegar a la sepultura, los sacerdotes comenzaron a orar y a quemar incienso, y los músicos a tocar sus instrumentos llorando al desaparecido. Entonces los sumos sacerdotes se adelantaron uno tras otro y recitaron sus réquiems con palabras cuidadosamente escogidas.

Finalmente la multitud se alejó, dejando que el muerto descansara en la bóveda más bella y espaciosa, diseñada en mármol y bronce por manos expertas y rodeada de las más caras y elaboradas coronas de flores.

Los que habían ido a despedirlo volvieron a la ciudad, y yo permanecí observándolos desde lejos, mientras hablaba en voz baja conmigo mismo el sol se hundía en el horizonte y la Naturaleza se ocupaba de los mil y un preparativos del sueño.

Entonces vi a dos hombres jadeando bajo el peso de un ataúd de madera, y detrás de ellos a una mujer pobrementemente vestida con un bebé en brazos. Tras esta última corría un perro que, con ojos

descorazonadores, miró primero a la mujer y luego al ataúd.

Fue un humilde funeral. Este huésped de la Muerte dejó librados a la impasible sociedad una esposa desdichada y un bebé que compartiera sus pesares, y a un fiel perro cuyo corazón sabía la partida de su amo.

Al llegar a la sepultura depositaron el ataúd en un pozo alejado de los cuidados pastos y los mármoles, y se alejaron después de elevar unas sencillas palabras a Dios. El perro se volvió por última vez para mirar el sepulcro de su amigo, mientras el reducido grupo desaparecía tras los árboles.

Miré hacia la ciudad de los vivos y me dije: "Aquel sitio es sólo de unos pocos." Luego observé la armoniosa ciudad de los muertos y me dije: "También ese sitio es de unos pocos. Oh, Señor, ¿dónde está el cielo de todos?"

Al decir esto miré hacia las nubes que se mezclaban con el dorado de los más largos y bellos rayos del sol. Escuché en mi interior una voz que me decía: " ¡Allí!"

EL CANTO DE LA LLUVIA

Soy las húmedas hebras de plata lanzadas del
cielo

Por los dioses. La Naturaleza me lleva, para

adornar

Sus campos y valles.

Soy las bellas perlas, arrebatadas a la
Corona de Ishtar por la hija del Alba
Para embellecer los jardines.

Cuando lloro las colinas ríen;
Cuando estoy abatido las flores se regocijan;
Cuando estoy agobiado, todo sonrío con
alborozo.

El campo y la nube son amantes
Y entre ellos soy el mensajero de la
misericordia.

Sacio la sed de uno,
Curo la dolencia del otro.

La voz del trueno proclama mi llegada;
El arco iris anuncia mi partida.

Soy como la vida terrena, que comienza a
Los pies de los desencadenados elementos y
culmina

En las elevadas alas de la muerte.

Emerjo del corazón del mar y
Me remonto con la brisa. Cuando veo un

campo en la
Indigencia, desciendo y rodeo las flores y
Los árboles en un millón de pequeñas
caricias.

Golpeo suavemente las ventanas con mis
Delicados dedos, y mi anuncio es una
Canción de bienvenida. Todos pueden oírme,
pero sólo
Los sensibles me comprenden.

La calidez del aire me da a luz,
En cambio yo la opaco,
Tal como la mujer derrota al hombre con
La fuerza que de él extrae.

Soy el suspiro del mar;
La risa de los campos;
Las lágrimas del cielo.

Lo mismo que el amor:
Suspiro desde el hondo mar del cariño;
Río desde el vívido territorio del espíritu;
Lloro desde el infinito cielo de los recuerdos.

LA VIUDA Y SU HIJO

La noche cayó sobre el norte del Líbano y la nieve

cubrió las aldeas rodeadas por el valle Kadeesha, dando a campos y praderas el aspecto de una gran hoja apergaminada sobre la que se hallaban escritas la multitud de acciones de la furiosa Naturaleza. Los hombres regresaban a sus hogares dejando desiertas las calles, mientras el silencio envolvía la noche.

En una casa cercana a aquellas aldeas vivía una mujer que hacía girar la rueca junto al fuego. Junto a ella su único hijo miraba ora al fuego, ora a su madre.

Los ensordecedores truenos sacudieron la casa y el pequeño se asustó. Abrazó a su madre, buscando en su cariño la protección que le faltaba. Ella lo acercó a su pecho y lo besó; luego lo sentó en su regazo.

-No temas hijo mío -le dijo-, que la Naturaleza sólo está comparando su infinito poder con la debilidad del hombre. Hay un Ser Supremo más allá de la nieve que cae, de los negros nubarrones y del viento ululante, y Él sabe de las carencias de la tierra, pues Él la creó; y Él mira a los desposeídos con ojos de misericordia.

"Ten coraje, hijo mío. La Naturaleza sonríe en Primavera, y ríe en Verano y bosteza en Otoño, pero ahora llora; y con sus lágrimas humedece la vida oculta en sus entrañas.

"Duerme, mi niño querido; tu padre nos contempla desde la Eternidad. La nieve y los truenos nos acercan a él. "Duerme, amado mío, pues esta blanca

manta que no nos protege del frío abriga las semillas, y esto que semeja la guerra producirá bellas flores cuando llegue Nisan.

"Es así, mi niño, como el hombre no puede madurar el amor sino después de la triste separación reveladora, y de la amarga paciencia, y de la desesperanzada tristeza. Duerme, mi pequeño; los dulces sueños hallarán tu alma que no teme a la terrible oscuridad nocturna y a la escarcha implacable.

El pequeño miró a su madre con ojos de sueño y dijo: -Mis párpados se cierran, madre, pero no puedo irme a dormir sin mis oraciones.

La mujer contempló aquel rostro angelical con la visión obnubilada, y dijo:

Repite conmigo, niño mío: "Dios, ten piedad de los pobres y protégelos del invierno; abriga sus delgados cuerpos con Tus bondadosas manos; cuida de los huérfanos que duermen en míseros hogares y sufren el hambre y el frío. Escucha, oh Señor, el llamado de las viudas desprotegidas y trémulas de miedo por sus pequeños. Ábrenos, oh Señor, los corazones de todos los hombres, para que puedan ver la desdicha de los pobres. Ten piedad de los sufrientes que golpean a las puertas, y guía a los viajeros hacia cálidos sitios. Cuida, oh Señor, a las aves pequeñas y protege a los árboles y a los campos de la furia de las tormentas; porque Tú eres

compasivo y brindas amor.

Cuando el Sueño atrapó el espíritu del niño, su madre lo recostó en el lecho y besó sus ojos con labios trémulos. Luego regresó junto al fuego, a girar la rueca para confeccionar las ropas del niño.

EL POETA

Es un puente entre este mundo y el venidero.
Es un
 manantial de
 Aguas puras del que todas las almas sedientas
pueden
 beber.

Es un árbol regado por el Río de la Belleza,
dador
De los frutos que anhela el corazón
hambriento;
Es un rui señor, que alivia el espíritu
Abatido con sus bellas melodías;
Es una blanca nube que surge tras el
horizonte,
Que asciende y crece para colmar la faz del
cielo.
Entonces cae sobre las flores en el Territorio
de la
 Vida,

Abriendo sus pétalos para que penetre la luz.

Es un ángel, enviado por las diosas para
Predicar el Evangelio de la Deidad;
Es una lámpara brillante, inconquistada por la
oscuridad,

E inextinguida por el viento. Alimentada con
Aceite por la Ishtar del Amor, y encendida
por el
Apolo de la Música.

Es una silueta solitaria, ataviada con sencillez
y
Ternura; se sienta en el regazo de la
Naturaleza para
Inspirarse, y se incorpora en el silencio de la
noche,
Aguardando el descenso del espíritu.

Es un campesino que siembra las semillas de
su
corazón en las
Praderas del afecto, y la humanidad recoge la
Cosecha para darle alimento.

Este es el poeta: a quien la gente ignora en
esta vida,

Y quien sólo es reconocido después de
despedirse de

esta

Tierra y regresar a su árbol en el cielo.

Este es el poeta: quien no pide a la
humanidad

Nada más que una sonrisa.

Este es el poeta: cuyo espíritu asciende y

Colma el firmamento de frases bellas;

Sin embargo la gente se resiste a su
esplendor.

¿Hasta cuándo la gente permanecerá
dormida?

¿Hasta cuándo continuará glorificando a
aquellos

Que alcanzaron la grandeza con ventaja?

¿Por cuánto tiempo ignorará a aquellos que
les

permitieron

Ver la belleza de su espíritu,

Símbolo de la paz y el amor?

¿Hasta cuándo honrarán los seres humanos a
los

muertos

Y olvidarán a los vivos que pasaron sus días

Circundados de desdicha, y se consumieron

Como velas encendidas para iluminar el camino

Al ignorante y guiarlo por el sendero de la luz?

Poeta, tú eres la vida de esta vida, y tú has
Derrotado a los siglos a pesar de su crueldad.
Poeta, algún día gobernarás los corazones, y
Así tu reino no tendrá fin.

Poeta, examina tu corona de espinas; oculta
En ella hallarás un retoño de laurel.

CANTO DEL ALMA

En lo profundo de mi alma hay
Una canción sin palabras: una canción que
reside

En la semilla de mi corazón.
Se resiste a mezclarse con la tinta del
Pergamino; encierra mi cariño
En un hábito transparente y vuela,
Pero no sobre mis labios.

¿Cómo puedo desearla? Temo que se
Mezcle con el éter terreno;
¿A quién elevo las melodías que la ensalzan?
Reside

En el territorio de mi alma, temerosa de los

Toscos oídos.

Cuando contemplo mis ojos interiores
Veó la sombra de su sombra;
Cuando toco las yemas de mis manos
Percibo sus vibraciones.
Las acciones de mis manos buscan su
Presencia como un lago debe reflejar
Las estrellas resplandecientes; mis lágrimas
La revelan, como las luminosas gotas de rocío

Revelan el secreto de una rosa mustia.
Es un canto compuesto por la contemplación,
Y publicado por el silencio,
Y rehuido por el clamor,
Y plegado por la verdad,
Y repetido por los sueños
Y comprendido por el amor,
Y ocultado por el despertar,
Y entonado por el alma.

Es el canto del amor;
¿Qué Caín o Esaú pueden entonar?
Es más fragante que el jazmín;
¿Qué ataduras pueden estremecerlo?

Está ligado al corazón, como el secreto de
una virgen;

¿Qué ataduras pueden estremecerlo?
¿Quién se atreve a amalgamar el rugido del
mar
Y el canto del ruiseñor?
¿Quién se atreve a comparar la rugiente
tempestad
Con el suspiro de un pequeño?
¿Quién se atreve a decir en voz alta las
palabras
Que el corazón debe pronunciar?
¿Qué humano se atreve a cantar con la voz
El canto de Dios?

RISAS Y LAGRIMAS

Cuando el sol se alejó del jardín, y la luna lanzó sus mullidos rayos sobre las flores, me senté bajo los árboles a meditar sobre el fenómeno de la atmósfera, contemplando entre las ramas la profusión de estrellas que resplandecían como plateadas motas sobre alfombra azul; y pude oír a la distancia el agitado murmullo del arroyo, que saltarín y presuroso se encaminaba hacia el valle.

Cuando las aves se guarecieron entre las ramas y las flores plegaron sus pétalos, y cayó el terrible silencio, escuché el susurro de unos pasos en la hierba. Agucé el oído y vi que una joven pareja se aproximaba a mi árbol. Se sentaron bajo sus ramas

desde donde podía verlos sin ser visto.

El joven miró hacia uno y otro lado, y luego oí que decía: -Siéntate a mi lado, amada mía, y escucha mi corazón; sonríe, que tu felicidad es el símbolo de nuestro futuro; sé dichosa, que los días luminosos se regocijan con nosotros. "Mi alma me alerta de la duda de tu corazón, porque dudar del amor es pecado.

"Pronto serás la dueña de este vasto territorio, iluminado por esta luna maravillosa; pronto serás la señora de mi palacio y los siervos y criados estarán a tus órdenes.

"Sonríe, amada mía, como sonríe el oro de las arcas de mi padre.

"Mi corazón rehusa negarte su secreto. Doce meses de viajes y placer nos aguardan; pasaremos un año derrochando el oro de mi padre en los azules lagos de Suiza, y contemplando los monumentos de Italia y Egipto, y descansando bajo los Sagrados Cedros del Líbano; conocerás a las princesas que te envidiarán las joyas y vestidos.

"Todo esto haré por ti; ¿Estarás satisfecha?

Pronto los vi pisotear las flores como los ricos pisotean los corazones de los pobres. Cuando se alejaron de mi vista comencé a hacer comparaciones entre el dinero y el amor, y a analizar el lugar que ocupaban en mi corazón.

¡Dinero! ¡Origen del amor insincero, fuente de

falsa luz y fortuna; manantial de aguas contaminadas; desesperanza de la ancianidad!

Aún vagaba por el vasto desierto de la meditación cuando una pareja desaliñada y espectral pasó junto a mí y fue a sentarse en la hierba; dos jóvenes, un hombre y una mujer, que habían salido de la choza de su granja cercana para venir a este sitio desapacible y solitario.

Después de unos instantes de completo silencio, escuché las siguientes palabras, pronunciadas entre suspiros por entristecidos labios:

-No derrames lágrimas, amada mía; el amor que abre nuestros ojos y esclaviza nuestros corazones nos brinda las bondades de la paciencia. Consuélate de nuestra demora, porque hemos hecho un voto y hemos penetrado en el santuario del Amor; porque nuestro amor crecerá en la adversidad; porque en nombre del Amor padecemos los obstáculos de la pobreza y el rigor de la desdicha y el vacío de la separación. Combatiré estas penurias hasta triunfar, y poner en tus manos el valor que te ayudará a pesar de todo a completar el viaje por la vida.

"El amor -que es Dios- recibirá nuestras lágrimas y suspiros como incienso quemado ante Su altar, y nos recompensará con fortaleza. Adiós, amada mía; debo irme antes que la pálida luna se desvanezca.

Una voz pura, hecha de la exigua llama del amor, y de la desesperanzada amargura del anhelo, y de la

decidida dulzura de la paciencia, dijo:

-Adiós, Amada mía.

Se separaron, y la elegía de su unión fue velada por los gemidos de mi lloroso corazón.

Contemplé la aletargada Naturaleza, y reflexionando profundamente descubrí la realidad de un hecho numeroso e infinito: lo que ninguna fuerza puede exigir, ni influencia adquirir, ni riqueza perseguir. No puede ser borrado por las lágrimas del tiempo ni muerto por la tristeza; algo que ni los azules lagos de Suiza ni los maravillosos monumentos de Italia pueden revelar.

Es algo que se fortalece con la paciencia, crece a pesar de los obstáculos, se guarece en invierno, florece en primavera, hace soplar la brisa en verano y da frutos en otoño: hallé al Amor.

EL CANTO DE LA FLOR

Soy la afectuosa palabra pronunciada y repetida

Por la voz de la Naturaleza;

Soy una estrella caída desde la

Azul bóveda del cielo a la verde alfombra.

Soy la hija que los elementos

Y el invierno han engendrado;

Que la primavera ha dado a luz; fui

Acunada en el regazo del verano y
Dormí en el lecho del otoño.

Al alba me uno a la brisa
Para anunciar la llegada de la luz;
Al atardecer me uno a las aves
Para despedir a la luz.

Las planicies están decoradas con
Mis bellos colores, y el aire
Está impregnado de mi fragancia.

Cuando rodeo al Sueño los ojos de la
Noche me observan, y al despertarme
Miro el sol, ojo único del día.

Escancio rocío como si fuera vino, escucho
Las voces de las aves y bailo
Al rítmico vaivén de la hierba.

Soy el don del amante; soy la ira nupcial;
Soy el recuerdo de un instante de felicidad;
Soy el obsequio póstumo de los vivos a los
muertos;

Soy una parte de la dicha y una parte de la
tristeza.

Pero miro hacia arriba para ver sólo la luz,

Y nunca hacia abajo para verla sombra.
Esta es la sabiduría que el hombre debe perseguir.

VISIÓN

Allá en medio de los campos, junto a un cristalino manantial, vi una jaula cuyo armazón y barrotes habían sido construidos por manos expertas. En un rincón yacía un pájaro muerto, y en otro dos cuencos: uno vacío de agua y el otro de alimento. Permanecí allí respetuosamente, como si el ave sin vida y el murmullo del agua fueran dignos del respeto y profundo silencio; algo digno de la contemplación y meditación del corazón y la conciencia.

Me abandoné a la Meditación y pronto descubrí que la pobre criatura había muerto de sed junto a un manantial, y de hambre en medio de pródigos sembrados, cuna de la vida; como si un hombre rico estuviera encerrado en su jaula de oro, muriendo de hambre entre pilas de oro.

Entonces tuve ante mis ojos un esqueleto humano en vez de una jaula, y a un corazón humano, cuya sangrante herida profunda se asemejaba a los labios de una mujer afligida, en lugar de un pájaro muerto. Desde aquella herida surgió una voz que dijo:

-Soy el corazón humano, prisionero de la materia y

víctima de las leyes terrenales.

"Estuve prisionero en la jaula de las leyes hechas por el hombre, junto al manantial de la vida, en el Divino territorio de la Belleza.

"Perecí desdeñado en el centro de la maravillosa Creación porque no quise gozar de la libertad prodigada por la bondad de Dios.

"Todo aquello que por ser bello me provoque amor y deseo es una desgracia, de acuerdo a las concepciones del hombre; todo aquello que anhele por ser divino no es nada, de acuerdo a su juicio.

"Soy el extraviado corazón humano, encadenado en el vil calabozo de los dictados humanos, sujetado atado con las cadenas de la autoridad terrena, muerto y olvidado por la risueña humanidad cuya lengua está atada y cuyos ojos están vacíos de lágrimas conspicuas.

Escuché todas estas palabras, y las vi emerger como un hilo de sangre desde aquel corazón herido.

Mucho más fue dicho, pero mis obnubilados ojos y mi ginúente alma ya no podían ver ni oír nada.

VICTORIOSOS

A orillas de un lago y a la sombra de los cipreses y los sauces, el hijo de un granjero contemplaba las aguas quietas y silenciosas.

Se había sentido atraído por la Naturaleza, donde

todo nombra al amor: donde las ramas se abrazan, las flores se atraen, la hierba se mece grácilmente, las aves se llaman unas a otras, y Dios predica su Evangelio a todas voces.

Era un joven que el día anterior había contemplado a una joven doncella en compañía de otras damas junto a aquel mismo lago. Se había enamorado de ella profundamente en el instante en que la vio.

Mas al enterarse de que era la hija del emir, culpó a su corazón por haber abierto las puertas. Pero la culpa nunca desvía al corazón de su propósito, ni la soledad aparta al alma de la verdad. Un hombre, entre su alma y su corazón es como un arbolillo entre los vientos del norte y del sur.

Al mirar alrededor de sí con obnubilados ojos, vio a las humildes violetas crecer junto al noble jazmín; vio posados en un mismo árbol al colibrí y al petirrojo. Sin embargo, el clamor de su corazón insistía en que las filosas hierbas que acechaban las raíces herían el árbol majestuoso.

Lloró de aflicción, pero las horas se desvanecieron como sutiles espectros.

-Lo que aquí veo es el amor mofándose de mí -dijo, con un suspiro suave y cariñoso-, convirtiendo mis esperanzas en pena y mis deseos en desgracia.

"El amor que venero eleva mi corazón hasta el palacio del emir y lo hace descender hasta la choza del granjero; guía con firmeza hasta mi espíritu a

una joven mujer rodeada de admiradores, servida por esclavos y protegida por la fuerza de sus antepasados.

¡A ti te sigo, oh amor!

"¿Qué pretendes de mí? He caminado de tu mano por el sendero en llamas, y al abrir los ojos no vi nada más que tinieblas. Mis labios vacilaron, pero tú sólo les dejaste pronunciar palabras de desdicha. Amor, tú has generado el ansia en mi corazón con la dulzura de tu presencia, pues yo soy débil y tú eres fuerte; ¿por qué luchas contra mí?

"Soy inocente y tú eres justo. ¿Por qué me oprimes?

"Eres mi propio ser. ¿Por qué me hieres?

"Eres mi fortaleza. ¿Por qué me debilitas?

"Eres mi guía. ¿Por qué me abandonas en este salvajismo?

"Estoy a tu merced, y no seguiré otro camino más que el tuyo. Es tu voluntad y mi obediencia lo que alegra a mi alma, ensombrecida a la intemperie por tus alas.

"Los arroyos corren presurosos hacia su amante, el mar.

"Las flores sonríen a su amado, el sol.

"Las nubes descienden a su pretendiente, el valle.

"Soy invisible para las flores, desconocido por los arroyos, ignorado por las nubes.

"Me siento solo, y lejos de aquel que no me acepta

como soldado de la guardia de su padre, ni como siervo de su palacio; ella ignora mi propia existencia.

Permaneció en silencio unos segundos, como si quisiera aprender el lenguaje del murmullo del arroyo y el susurro de las hojas.

-Y tú, cuyo nombre temo pronunciar -dijo luego-, recluida tras las sombras de la gloria y los muros de la dignidad y las puertas de acero. ¿dónde podremos reunirnos sino en la Eternidad? Allá podremos expresar las reglas de la igualdad y la autenticidad.

"Te has apoderado de mi corazón a quien el Amor había bendecido, y has esclavizado a mi corazón al que Dios había honrado.

"Ayer vivía en paz y despreocupado en estos campos; sin embargo, hoy soy prisionero de mi corazón ausente.

"Al verte, oh Bella, comprendí el propósito de mi venida al mundo.

"Cuando descubrí que eras princesa y consideré mi pobreza, comprendí que Dios posee un secreto ignorado por el hombre; que un secreto sendero guía al espíritu hacia sitios donde el amor se despoja de las costumbres de la tierra. Al mirarte a los ojos, supe que ese sendero conduce a un paraíso cuya puerta es el corazón humano.

"Y al comparar tu condición con mi desventura, las vi como un gigante y un enano trabados en dura

lucha, y advertí que esta tierra ya no es más mi patria.

"Ayer te vi rodeada de vírgenes, como una rosa entre los mirtos, y comprendí que esa visión me había sido concedida por los cielos. Pero conociendo la gloria de tu padre, descubrí que esas manos que cortaban la rosa pronto sangrarían a causa de espinas ocultas, vistas demasiado tarde, y lo que mis sueños me habían revelado se desvanecería con el despertar.

El joven se puso de pie y se dirigió lenta y tristemente hacia un manantial. Se cubrió el rostro con las manos, y clamó con desesperación:

-Oh; Muerte, ven y llévame que la tierra, cuyas espinas hieren a las rosas, no es justa; ven y líbrame de este reino de diferencias en un mundo que derriba al amor de su gloria celestial y la reemplaza por hueca dignidad. Ayúdame, oh Muerte, porque la Eternidad es el único sitio. Allí aguardaré a mi amada.

Al atardecer aún vagaba en cuerpo y alma, y el sol ya había retirado sus rayos de los campos. Se cobijó bajo el mismo árbol junto al que la hija del emir había caminado.

Reclinó la cabeza en su seno, como si quisiera evitar el estallido de su corazón.

En ese momento una bella mujer apareció detrás de los sauces, arrastrando sus vestiduras por la hierba

verde. Se le acercó y pasó su suave mano sobre la cabeza de él. Presa de la locura la miró fijamente, como negándose a creer lo que veían sus ojos. ¡Era la hija del emir!

Se hincó de rodillas como Moisés ante el arbusto en llamas; se esforzó por hablar, mas las palabras habían sido reemplazadas por las lágrimas.

La princesa lo abrazó y selló sus labios con un beso; secó sus lágrimas con sus mejillas, y con una voz más suave que los sonidos de la música le dijo:

-Has hecho aparición en mis sueños de tristeza y tu imagen ha puesto fin a mi soledad. Eres el compañero de mi alma extraviada, y la otra mitad que me fue arrebatada al venir a este mundo.

"He huido del palacio para verte, y ahora estás conmigo. No temas; he abandonado la gloria de mi padre para seguirte hacia tierras lejanas y para beber contigo de la copa de la vida y de la muerte. Huyamos de este sitio hacia otro donde esta tierra no esté junto a nosotros.

Caminaron uno junto al otro entre medio de los árboles, hasta que los ocultó la oscuridad de la noche. Muy pronto, un creciente destello de luz los envolvió. Entonces ya no temieron a la oscuridad, ni a los castigos del emir.

En el extremo más alejado de la tierra, los soldados del emir hallaron dos esqueletos humanos. Del cuello de uno de ellos pendía un candado de oro, y

junto a él había una gran piedra. Sobre cada uno estaba escrito:

Lo que la muerte toma
Ningún hombre puede restituir;
Lo que los cielos han bendecido
Ningún hombre puede castigar;
Lo que el Amor ha unido
Ningún hombre puede dividir;
Lo que la Eternidad ha deseado
Ningún hombre puede alterar.

CANTO DE AMOR

Soy los ojos del amante y el vino del
Espíritu y el alimento del corazón.
Soy una rosa. Mi corazón se abre al alba y
La virgen me besa y me acoge
En su seno.

Soy la morada de la verdadera fortuna y el
Origen del placer y el comienzo
De la paz y la quietud. Soy la cálida
Sonrisa de los labios de la belleza. Cuando la
juventud
Se apodera de mí olvida sus tareas, y toda su
Vida se convierte en una realidad de dulces
sueños.

Soy la exaltación del poeta,
La revelación del artista,
Y la inspiración del músico.

Soy un altar sagrado en el corazón de un
Niño, adorado por su madre. misericordiosa,
Me revelo al llanto del corazón; rehuyo la
exigencia;
Mi plenitud persigue los deseos del corazón;
Me aparto del vacío clamor de la voz.

Me revelé a Adán a través de Eva,
Y el exilio fue su destino;
Pero me revelé a Salomón y él
Se colmó de sabiduría con mi presencia.

Sonreí a Helena y ella destruyó Troya;
Pero coroné a Cleopatra y la paz dominó
El Valle del Nilo.

Soy como los años: construyen hoy
Y destruyen mañana;
Soy como un dios, que crea y derriba;
Soy más tierno que el suspiro de la violeta;
Soy más violento que la rugiente tempestad.

Sólo los obsequios no me seducen;
La partida no me descorazona;

La pobreza no me persigue;
Los celos no prueban mi conciencia;
La locura no evidencia mi presencia.

Oh exploradores, soy la Verdad implorando
Verdad;
Y vuestra Verdad explorándome y
recibiéndome
Y protegiéndome determinará mi
Comportamiento.

LOS DESEOS

En el silencio de la noche la Muerte llegó a la tierra desde Dios. Flotó sobre la ciudad y escrutó las viviendas con sus ojos. Vio a los espíritus suspendidos en alas de los sueños, y al pueblo sometido al Sueño.

Cuando la luna se hundió tras el horizonte y la ciudad se oscureció, caminó silenciosamente entre las casas -cuidándose de no rozar nada- hasta llegar a un palacio. Penetró imperturbable a través de las puertas candadas y se detuvo junto al lecho de un hombre rico; y cuando la Muerte tocó su frente, se abrieron los ojos del durmiente, revelando su gran temor.

Al ver al espectro, dijo, con voz estremecida de furia y miedo

-Vete, oh horrible pesadilla; déjame, oh espectro horrendo. ¿Quién eres? ¿Cómo has entrado a este sitio? ¿Qué buscas? ¡Abandona este sitio de inmediato, pues soy el amo de la casa y llamaré a mis siervos y guardianes y les ordenaré matarte!

Entonces la Muerte habló con voz tierna pero atronadora:

-¡Soy la Muerte. Inclínate ante mí!

-¿Qué quieres? -respondió el hombre-. ¿Por qué has venido a este sitio si aún no he concluido mis tareas? ¿Qué pretendes de un poder como el mío? ¡Vuélvete al débil, y llévalo contigo!

"Aborrezco la visión de tus garras sangrientas y de tu rostro hueco, y mis ojos se enferman al ver tus horribles alas y tu cadavérico cuerpo. -Después de un momento de horrorosa toma de conciencia agregó:- ¡No, no, oh Muerte misericordiosa! No tomes en cuenta mis palabras, porque el miedo revela lo que prohíbe el corazón.

"Toma un puñado de mi oro o llévate las almas de mis esclavos, pero déjame. Tengo deudas con la vida; poseo las riquezas de mi pueblo; mis barcos aún no han tocado puerto; mi cereal aún no ha sido cosechado. Llévate lo que quieras, pero perdóname la vida. Muerte, poseo harenes poblados de bellezas extraordinarias; tu elección es mi obsequio. Oye mi ruego Muerte: sólo tengo un hijo y lo quiero entrañablemente porque es mi única alegría en esta

vida. Te ofrezco el supremo sacrificio: ¡llévatelo, pero perdóname!

La muerte murmuró:

-No eres rico sino piadosamente pobre.

Entonces tomó la mano de aquel esclavo terreno, tomó su realidad, y encomendó a los ángeles la ardua tarea de corregirla.

Y la Muerte caminó pausadamente entre las moradas de los pobres hasta que llegó a la más mísera que pudo hallar. En ella penetró y se aproximó al lecho en el que dormía plácidamente un joven. La Muerte rozó sus ojos; el joven se incorporó de un salto al verla junto a él, y con voz esperanzada y cariñosa dijo:

-Aquí estoy, mi, bella Muerte. Acepta mi alma, eres la esperanza de mis sueños. ¡Hazlos realidad! ¡Rodéame, oh Muerte amada! Eres misericordiosa, no me abandones. Eres un mensajero de Dios; llévame con Él. Eres la mano derecha de la Verdad y el Corazón de la Bondad; no me desdeñes. "Te he llamado muchas veces, pero no viniste; te he buscado, pero me rehuías; te llamé pero no me escuchaste. Ahora me escuchas: ¡abraza mi alma, Muerte amada!

La Muerte posó su tierna mano sobre los trémulos labios, llevó consigo la realidad, y la guardó bajo sus alas para protegerla durante el viaje. Ya de regreso en el cielo, se volvió y susurró su

advertencia:

"Sólo regresarán a la Eternidad
Aquellos que en la tierra la buscaron."

EL CANTO DEL HOMBRE

He estado aquí desde el Principio
Y aquí estoy aún.
Y aquí me quedaré hasta el fin
Del mundo, pues no hay
Final para mi ser transido de dolor.

He vagado por el cielo infinito y
Por el mundo ideal y
Floté en el firmamento. Pero
Aquí estoy, prisionero de la medición.

Escuché las enseñanzas de Confucio;
Y la sabiduría de Brahma;
Me senté junto al Buda bajo el Árbol de la
Ciencia.
Sin embargo aquí estoy, existiendo con
ignorancia
Y herejía.

Estaba en el Sinaí cuando Jehová se aproximó
a

Moisés;
Contemplé los milagros del Nazareno en el
Jordán;
Estaba en Medina cuando Mahoma la visitó.
Sin embargo aquí estoy, prisionero del
desconcierto.

Luego fui testigo del poder de Babilonia;
Supe de la gloria de Egipto;
Vi la grandeza guerrera de Roma;
Sin embargo mis primeras enseñanzas
demostraron la
Debilidad y la tristeza de tales logros.

Conversé con los magos de Ain Dour;
Debatí con los sacerdotes de Asiria;
Ahondé sobre los profetas de Palestina.
Sin embargo, aún busco la verdad.

Encontré sabiduría en la india apacible;
Escruté la antigüedad de Arabia;
Escuché todo lo que puede escucharse.
Sin embargo, mi corazón es sordo y ciego.

Padecí en manos de despóticos gobernantes;
Padecí esclavo de insanos invasores;
Padecí el hambre impuesto por los tiranos;
Sin embargo, aún poseo un secreto poder

Con el que lucho para saludar cada nuevo día.

Mi mente está colmada, pero mi corazón vacío;

Mi sangre es añosa, pero mi corazón un infante.

Quizás en la juventud mi corazón crecerá, pero

Ansío envejecer y alcanzar el momento de

Mi retorno a Dios. ¡Sólo entonces mi corazón se

saciará!

Estuve aquí desde el

Principio, y aquí estoy aún. Y

Aquí me quedaré hasta el fin

Del mundo, pues no hay

Final para mi ser transido de dolor.

AYER Y HOY

El buscador de oro caminaba por el parque de su palacio, y junto a él caminaban sus problemas. Y sobre su cabeza aleteaban las preocupaciones como el cuervo revolotea sobre el cadáver, hasta que llegó a un hermoso lago rodeado de magníficas estatuas de mármol.

Allí se sentó a observar el agua, que como pensamientos libres de la imaginación del

enamorado, fluían por la boca de las estatuas. Quedóse contemplando fijamente su palacio emplazado en la colina como una mancha primigenia sobre la mejilla de una doncella. Su fantasía le reveló las páginas del drama de su vida. Él las leía con los ojos velados por las lágrimas que le impedían ver las pocas aportaciones del hombre a la Naturaleza.

Recordó apesadumbrado las imágenes de sus épocas pasadas, hiladas finamente por los dioses, hasta que no pudo controlar su angustia.

-Ayer hice pastar a mi rebaño en el verde valle - dijo en voz alta-, me regocijé de mi existencia, toqué la flauta, y tenía la frente alta. Hoy soy prisionero de la vida. El oro conduce al oro, luego a la desidia, y finalmente a la acuciante desdicha.

"Ayer era como un ave melodiosa que vaga libremente

por los campos. Hoy soy esclavo de la sórdida riqueza, de las reglas de la sociedad, de las costumbres de la ciudad y de los amigos perseguidos que agradan á los suyos ateniéndose alas curiosas y estrechas leyes de los hombres. Nací para ser libre y para gozar de las bondades de la vida, pero soy una bestia de carga tan recargada de oro que su lomo está a punto de ceder.

"¿Dónde están las vastas praderas, los melodiosos arroyos, la brisa pura, la cercanía de la Naturaleza?

¿Y dónde mi deidad? ¡Todo lo he perdido! Nada me queda salvo la soledad que me entristece, el oro que me ridiculiza, los esclavos que se mofan a mis espaldas, y el palacio que he erigido en holocausto de mi dicha, y en cuya grandeza he extraviado mi corazón.

"Ayer vagaba por las praderas. y los montes junto con la hija del beduino; la Virtud era nuestra compañera, el Amor nuestra ciencia y la Luna nuestro guardián. Hoy estoy entre mujeres de hueca belleza que se venden por oro y diamantes. "Ayer vivía despreocupadamente, compartiendo con los pastores la dicha de la vida; comiendo, jugando, trabajando, cantando y bailando juntos la melodía de la verdad del corazón. Hoy estoy entre la gente como un cordero asustado entre los lobos. Al transitar los caminos me miran con ojos llenos de odio y me señalan con escarnio y celos, y al atravesar el parque veo rostros ceñudos alrededor de mí.

"Ayer era rico en felicidad y hoy soy pobre en oro.

"Ayer era un feliz pastor que miraba a su rebaño como un rey misericordioso mira complacido a sus vasallos satisfechos. Hoy soy un esclavo de pie ante la riqueza, la riqueza que me robó la belleza de la vida que alguna vez conocí.

" ¡Perdóname, mi juez! Yo no sabía que las riquezas fragmentarían mi vida y me conducirían a

cárceles de torpeza y estupidez. Lo que creí era la gloria no es nada más que el eterno infierno.

Se puso de pie fatigadamente y se encaminó con paso lento hacia el palacio, suspirando y repitiendo

-¿Esto es acaso lo que la gente llama riqueza? ¿Es este acaso el dios al que sirvo y venero? ¿Acaso es esto lo que busco en esta tierra? ¿Por qué no lo cambio por un instante de satisfacción? ¿Quién ha de venderme un bello pensamiento a cambio de una tonelada de oro? ¿Quién ha de darme un solo momento de amor a cambio de un puñado de gemas? ¿Quién ha de garantizarme el ojo que pueda ver los corazones y ha de tomar mis arcas a cambio?

-Al llegara las puertas del palacio, miró hacia la ciudad como jeremías miró hacia Jerusalén. Elevó sus brazos en afligido lamento y gritó:-Oh, habitantes de la ruidosa ciudad, que vivís en la oscuridad y os precipitáis hacia la desdicha; que predicáis la falsedad y habláis estúpidamente... ¿hasta cuándo seréis ignorantes? ¿Hasta cuándo moraréis en la sordidez de la vida y continuaréis abandonando sus jardines? ¿Por qué os cubrís con harapientas vestiduras de estrechez si la Naturaleza ha confeccionado bellos atavíos de seda? La luz de la lámpara es mortecina; y es hora de alimentarla con aceite. La morada de la verdadera fortuna se está agrietando; ya es hora de reconstruirla y de protegerla. Los mercaderes de la ignorancia se han

apoderado del tesoro de vuestra paz; .¡ya es hora de recobrarlo!

En ese momento un pobre hombre vino a pararse ante él, extendiendo la mano en señal de mendicidad. Al mirar al mendigo sus labios se separaron, sus ojos resplandecieron de ternura y su rostro irradió bondad. Fue como si el ayer que había lamentado junto al lago hubiera venido a saludarlo. Rodeó afectuosamente al pobre hombre, y llenó sus manos de oro, y con una voz sincera y colmada de amor le dijo:

-Regresa mañana y trae contigo a los que padecen como tú. Recobraréis todas vuestras posesiones.

Entró en su palacio diciendo:

-Todo es bueno en la vida; hasta el oro, pues él también nos da una lección. El dinero es como un instrumento de cuerdas; aquel que no sabe tocarlo correctamente sólo oirá melodías discordantes. El dinero es como el amor; mata pausada y dolorosamente a aquel que lo rehuye, y vivifica a aquel otro que lo vuelve sobre sus semejantes.

ANTE EL TRONO DE LA BELLEZA

Una noche tenebrosa huí del torvo rostro de la sociedad y del enceguecedor clamor de la ciudad y dirigí mis fatigados pasos hacia el espacioso valle. Seguí el embriagador curso del arroyo y los trinos

armoniosos de las aves hasta llegar a un sitio solitario donde las ramas de los árboles se entrelazaban impidiendo que el sol llegara a la tierra.

Lo que vi entretuvo a mi alma por un instante... mi alma sedienta que nada había visto salvo el espejismo de la vida en lugar de su ternura.

Me hallaba absorto en la meditación y mi espíritu surcaba los cielos cuando una hurí, vestida con una hoja de parra que cubría su desnudo cuerpo y una corona de amapolas sobre sus dorados cabellos, se reveló de pronto ante mis ojos. Comprendió mi asombro y me saludó diciéndome:

-No temas; soy la Ninfa de la Selva.

-¿Cómo es posible que una belleza tal esté destinada a vivir en un sitio como éste? Dime quién eres, por favor, y de dónde vienes -pregunté.

Ella se sentó grácilmente sobre la hierba verde y respondió

-¡Soy el símbolo de la Naturaleza! Soy la Virgen Eterna que tus antepasados veneraron y en cuyo honor erigieron templos y santuarios en Baalbek y Djabeil.

-Pero aquellos templos y santuarios fueron arrasados y los restos de mis antepasados formaron parte de la tierra -me atreví a decir-; nada quedó que conmemorara su divinidad salvo unas pocas y olvidadas páginas en un libro de historia.

-Algunas diosas viven las vidas de sus veneradores y mueren con su muerte -me replicó-, mientras otras viven una vida eterna e infinita. Mi vida descansa sobre el mundo de la Belleza al que verás dondequiera que poses tu mirada, y esta Belleza es la Naturaleza misma; es el comienzo de la dicha de los pastores entre los montes y de la alegría de los aldeanos en los campos y del placer de las laboriosas tribus que habitan las montañas y las planicies. Esta Belleza promueve al sabio al trono de la Verdad.

-¡La belleza es un tremendo poder! -dije entonces. -Los seres humanos tienen miedo a todo, hasta a ellos mismos -me respondió-. Temes al cielo, origen de la paz espiritual; temes a la Naturaleza, el cielo del descanso y la quietud; temes al Dios de los dioses y lo acusas de su cólera, cuando es bueno y misericordioso.

Después de un prolongado silencio mezclado con dulces sueños, pregunté:

-Háblame de esa Belleza que la gente interpreta y define, cada uno de acuerdo a su propia concepción; he visto honrarla y venerarla de mil modos diferentes.

-La Belleza es aquello que cautiva el alma -respondió-, y aquello que prefiere dar a recibir. Cuando te hallas frente a la Belleza sientes que las manos ocultas en tu interior salen a la luz para

llevarla a los dominios de tu corazón. Es algo magnífico donde se combinan la dicha y la tristeza; es lo Oculto que tú puedes ver y lo Incierto que puedes comprender y lo Mudo que puedes oír; es lo más Sagrado de lo Sagrado que comienza en ti y trasciende en mucho tu imaginación terrenal.

Luego la Ninfa de la Selva se me acercó y posó su perfumada mano sobre mis ojos. Entonces se desvaneció y yo me hallé solo en el valle. Cuando regresé a la ciudad, cuya turbulencia había cesado de irritarme, repetí sus palabras:

"La Belleza es aquello que cautiva tu alma,
Y que prefiere dar a recibir."

DÉJAME, CONDENADOR MÍO

Déjame, condenador mío,
Por el bien del amor
Que une tu alma con la
De tu amada;
Por el bien de eso que
Une al espíritu con el afecto

De una madre, y sujeta a tu
Corazón con amor filial. Vete,
Y déjame con mi propio
Dolorido corazón.

Déjame navegar el océano de
Mis sueños; espera hasta que venga el
Mañana, que el Mañana es libre de
Hacer conmigo lo que le plazca. Tu
Vuelo no es nada más que la sombra
Que camina con el espíritu hacia
El sepulcro de la vergüenza, y le
Muestra la fría y sólida tierra.

Tengo un pequeño corazón dentro de mí
Y quiero sacarlo de
Su prisión y traerlo hasta la
Palma de mi mano para examinarlo
En profundidad y extraerle su secreto.

No le apuntes con tus flechas, para que no
Se atemorice y desaparezca antes de
Verter la sangre del secreto cual
Sacrificio ante el altar de su
Propia fe, concedida por la Deidad
Cuando lo dotó de Amor y Belleza.

El sol nace y el ruiseñor
Canta, y el mirto
Exhala su fragancia al espacio.
Quiero liberarme del
Mullido sueño de la equivocación. No me

Detengas, condenador mío.

No te me opongas mencionando los
Leones de la selva o las
Serpientes del valle, pues
Mi alma no sabe temerle a la tierra y
No acepta advertencias del mal antes
De que el Mal venga.

No me aconsejes, condenador mío, pues
Las calamidades han abierto mi corazón y
Las lágrimas han limpiado mis ojos, y los
Errores me han enseñado el lenguaje
De los corazones.

No hables de destierro, pues la Conciencia
Es mi juez y me justificará
Y me protegerá si soy inocente, y me
Negará la vida si soy culpable.

La procesión del amor se pone en
movimiento;

La Belleza agita el estandarte;
La juventud toca las trompetas de la dicha;
No perturbes mi contrición, condenador mío.

Déjame andar, pues el sendero es pródigo
En rosas y mentas, y el aire

Huele a limpio.

No relates historias de riqueza y
Grandeza, pues mi corazón desborda
De bondad y se engrandece con la gloria de
Dios.

No hables de pueblos y leyes y
Reinos, pues toda la tierra es
Mi lugar de nacimiento y todos los humanos
son
Mis hermanos.

Aléjate de mí, pues te estás llevando
El arrepentimiento que proviene de la luz
Con fútiles palabras.

EL LLAMADO DEL ENAMORADO

¿Dónde estás, amada mía? ¿Quizás en aquel
pequeño
Paraíso, regando las flores que te miran
Como los bebés miran los pechos de sus
madres?

¿O en tu aposento, donde el santuario de la
Virtud ha sido erigido en tu honor y sobre
Él que ofreciste mi corazón y mi alma en

sacrificio?

¿O entre libros, buscando el saber humano,
Mientras estás colmada de celestial sabiduría?
Oh compañera de mi alma, ¿dónde estas?
¿Acaso estás
Orando en el templo? ¿O llamando a la
Naturaleza en
los
Campos, cielo de tus sueños?

¿Estás en las moradas de los pobres,
consolando al
Desdichado con la ternura de tu alma, y
colmando
Sus manos con tu bondad?
Eres por doquier el espíritu de Dios;
Eres más resistente que los siglos.

¿Recuerdas el día en que nos conocimos,
cuando el
halo de
Tu espíritu nos envolvía y los Ángeles del
Amor
Aleteaban alrededor, elevando plegarias a las
acciones
del alma?
¿Té acuerdas cuando nos sentamos a la

sombra de las
Ramas, guareciéndonos de la Humanidad,
como las
costillas
Protegen del daño al divino secreto del
corazón?

¿Recuerdas los campos y los bosques que
recorrimos,
con las manos
Entrelazadas, y nuestras cabezas reclinadas
una contra
la otra, como si
Nos estuviéramos ocultando dentro de
nosotros?

¿Acaso te acuerdas del momento en que me
despedí
de ti,

Y del beso con que sellaste mis labios?
¡Aquel beso me enseñó que acercar los labios
al Amor
Revela el celestial secreto que la lengua no
puede
pronunciar:
Aquel beso fue la introducción a un gran
suspiro,

Como la exhalación del Todopoderoso que
hizo al
hombre de la tierra.

Aquel suspiro me condujo al mundo
espiritual,
Anunciando la gloria de mi alma; y allí
Se perpetuará hasta que de nuevo ríos
volvamos a ver.

Recuerdo cuando me besabas y me besabas,
Con lágrimas surcándote el rostro, y dijiste:
"Los cuerpos terrenales a menudo deben
separarse
con fines terrenales,
Y vivir separados por mandato de mundana
intención.

Pero el espíritu permanece a salvo unido en
las manos
del
Amor, hasta que llega la muerte y lleva las
almas
unidas a Dios.

Ve, amado Mío; la Vida te ha elegido su
delegado;
Obedécela, pues es la Belleza que ofrece a su
fiel

La copa de la calidez de la vida.

En cuanto a mis brazos vacíos, tu amor
seguirá
siendo mi
Confortante novio; tu recuerdo, mi Eterna
boda.

¿Dónde estás ahora, mi otro yo?
¿Permaneces,
despierta en el
Silencio de la noche? Deja que la límpida
brisa te
Lleve cada latido de mi corazón.

¿Dibujas mi rostro en el recuerdo? Esa
imagen
Ya no es la mía, pues la. Tristeza ha
derramado su
Sombra sobre el dichoso semblante del
pasado.

Los sollozos han marchitado los ojos que
reflejaban
tu belleza
Y han secado los labios que endulzabas con
tus besos.

¿Dónde estás, amada mía? ¿Oyes mi llanto
Desde el otro extremo del océano?
¿Comprendes mi
necesidad?
¿Conoces la grandeza de mi paciencia?

¿Hay acaso algún espíritu en el aire capaz de
Transportar el hálito de este agonizante?
¿Hay alguna
Comunión secreta entre los ángeles que te
lleve
Mi queja?

¿Dónde estás, mi bello astro? Las tinieblas de
la vida
Me han arrojado a su seno; la tristeza me ha
vencido.
Haz volar tu sonrisa en el aire; ¡me llegará y
me hará
revivir!
Exhala al aire tu fragancia; ¡me mantendrá
vivo!

¿Dónde estás, amada mía?
Oh, ¡cuán grande es el Amor!
¡Y cuán pequeño soy!

LA BELLEZA DE LA MUERTE

Dedicado a M. E. H.

Primera Parte: El llamado

Dejadme dormir, ya mi alma se ha
embriagado

de amor,

Y dejadme descansar, pues mi alma ya ha
conocido

la bonanza de los días y las noches;

Encended las velas y quemad incienso en
torno a mi

lecho, y

Deshojad los jazmines y las rosas sobre mi
cuerpo;

Ungid mis cabellos con almizcle y derramad
sobre mis

pies los perfumes.

Leed entonces lo que escribe la mano de la
Muerte

sobre mi frente.

Dejadme en brazos del Sueño, pues mis
párpados ya

están cansados;

Dejad que las argénteas cuerdas de la lira
aquieten mis

oídos;
Tañed las cuerdas y con su melodiosa
armonía tejed
un velo alrededor de mi moribundo corazón.
Modulad las canciones mientras contempláis
la
naciente esperanza en mis ojos, pues
Su melodía hechicera es el mullido lecho para
mi
corazón.

Secaos las lágrimas, amigos míos, y
mantened en alto
vuestras cabezas, como alzan las flores
Sus corolas para saludar al alba,
Y mirad a la novia de la Muerte cual columna
de luz
Entre mi lecho y el infinito;
Contened vuestros suspiros y escuchad un
momento
el llamativo susurro de
Sus blancas alas.
Venid a despedirme; besad mi frente con
labios
sonrientes.
¡Dejad que los niños me acaricien con dedos
de rosas!
¡Dejad que los ancianos bendigan mi frente

con

manos nudosas!

Dejad que los amigos se acerquen a
contemplar la

sombra de Dios sobre mis ojos

Y a escuchar el eco de Su voluntad que
acompaña mis

suspiros.

Segunda Parte: El ascenso

Atrás he dejado la cumbre de la montaña
sagrada y mi

alma vaga por el

Espacio de la ilimitada libertad;

Estoy lejos, muy lejos, camaradas, y los
mares de

nubes ocultan

Las colinas a mis ojos.

Los valles se han hundido en un mar de
silencio, y las

Manos del olvido han cubierto los caminos y
los

bosques;

Las praderas y los campos se desvanecen tras
un

manto blanco

Como nubes de primavera, pálidos cual rayos

de luna

Y rojos como velo de la tarde.

Las canciones de las olas y de los mares
Se han ahogado, y ya no oigo el clamor de las
muchedumbres;

Y nada puedo oír salvo el himno de la
Eternidad

En perfecta armonía con los deseos del alma.

Estoy ataviado con ropa de lino.

Me siento en paz.

Tercera Parte: El descanso

Desvestidme del lino y amortajadme con
Pétalos de lirio y de jazmín;
Sacad mi cuerpo del ataúd de alabastro y
dejadlo

descansar

Sobre alfombras de azahares.

No os lamentéis, elevad himnos de alegría y
juventud;

No derramáis vuestras lágrimas, cantad a la
cosecha y

a la vendimia;

No me cubráis con suspiros de agonía, trazad
sobre

mi pecho

El símbolo del Amor y la Alegría.
No perturbéis la quietud del céfiro con
réquiems,
Dejad que vuestros corazones canten
conmigo Salmos
a la eternidad.

No me lloréis enlutados por mi ausencia.
Lucid blancas vestiduras y regocijaos
conmigo;
No habléis de mi partida con suspiros tristes;
cerrad
Los ojos y me veréis siempre entre vosotros.

Tendedme sobre frondosas ramas y
Llevadme lentamente sobre vuestros hombros
amigos...
Lentamente hacia los bosques silentes.
No me llevéis a la necrópolis donde mi sueño
Sea perturbado por el crujido de huesos.
Llevadme al bosque de cedros y cavad un
sepulcro
 donde florezcan las violetas
Y amapolas;
Cavad un profundo sepulcro para que las
tormentas no
Arrastren mis huesos a los valles;
Cavad un sepulcro ancho, para que las

sombras de la
noche me acompañen.

Desvestidme y bajadme desnudo al corazón
de la
Madre Tierra; y tendedme suavemente sobre
el seno
de la madre.

Cubridme de blanda tierra, y mezcladla
Con semillas de jazmín, lirio y mirto; y
cuando las
flores

Broten sobre mi tumba y se nutran de la savia
de mi
cuerpo

impregnarán el espacio con la fragancia de mi
corazón;

Y hasta revelarán al sol el secreto de mi paz;
Y navegarán con la brisa y consolarán a los
viajeros.

Dejadme entonces, amigos... dejadme y
apartaos con

pasos silenciosos

Como cuando el silencio camina por el valle
lejano;

Dejadme solo y dispersaos lentamente, como
las

flores de los almendros
Y los manzanos se dispersan con la brisa de
Nisan.

Regresad a la alegría de vuestras casas, que
allí

encontraréis
Lo que la Muerte no puede quitaros ni
quitarme.

Abandonad este sitio, porque lo que aquí veis
ya se

encuentra lejos, bien lejos
De este mundo. Dejadme ya.

EL PALACIO Y LA CHOZA

Primera Parte

Cuando cayó la noche y las luces resplandecieron en la gran casa, los sirvientes estaban de pie junto a la imponente puerta aguardando la llegada de los invitados; y sobre sus trajes de terciopelo brillaban áureos botones.

Los magníficos carruajes penetraban en el parque del palacio y con ellos los nobles luciendo despampanantes vestiduras ornadas con joyas. Los instrumentos llenaban el aire de agradables melodías mientras los dignatarios bailaban al compás de la

apacible música.

A medianoche, los mas refinados y exquisitos platos fueron servidos en una maravillosa mesa embellecida con flores de las más raras especies. Los invitados comieron y bebieron a discreción, hasta que el vino se hizo sentir. Al alba la multitud se dispersó ruidosamente, después de haber pasado una noche de embriaguez y glotonería que apresuró sus fatigados cuerpos hasta sus lechos mullidos, donde se abandonaron a un sueño forzado.

Segunda Parte

Al atardecer, un hambre vestido con su ropa de trabajo se detuvo ante la puerta de su pequeña casa y llamó a la puerta. Cuando ésta se abrió, entró y saludó cariñosamente a sus ocupantes, y luego fue a sentarse con sus hijos que jugaban junto al fuego. Poco después su esposa tenía lista la comida y todos se sentaron en torno a la mesa de madera a devorar la cena. Cuando terminaron, se reunieron alrededor de la lámpara para hablar de los acontecimientos del día. Transcurridas las primeras horas de la noche, se entregaron silenciosamente al Rey del Sueño, con un canto de alabanza y una oración de gratitud en los labios.

LA VOZ DEL POETA

Primera Parte

La fuerza de la caridad siembra en lo profundo de mi corazón, y yo recojo el cereal para los hambrientos.

Mi alma impregna de vida a los viñedos: exprimo los racimos y doy su jugo a los sedientos.

El cielo es mi lámpara de aceite y yo la coloco en mi ventana para iluminar el camino del viajero a través de la oscuridad.

Hago todo esto porque vivo en ellas; y si el destino atara mis manos impidiéndome hacer todo esto, entonces la muerte sería mi único deseo. Porque soy poeta, y si no puedo dar, me niego a recibir.

La humanidad se enfurece como la tempestad, pero yo suspiro en silencio porque sé que la tormenta se aleja y el suspiro se eleva hasta Dios.

Los seres humanos se aferran a las cosas mundanales, pero yo busco permanentemente abrazar la antorcha del amor para purificarme con su fuego y aleja la inhumanidad de mi corazón.

Las cosas materiales mutilan al hombre sin que éste padezca; el amor le devuelve la vida con vivificantes dolores. Los humanos están divididos en diferentes clanes y tribus, y pertenecen a países y ciudades. Pero yo soy extranjero en todas esas

comunidades y no soy de ningún lugar. El universo es mi país y la familia humana mi tribu.

Los hombres son débiles, y es triste que estén separados. El mundo es estrecho y no es sensato dividirlo en reinados, imperios y provincias.

Los seres humanos sólo se unen para destruir los templos del alma, y entrelazan las manos para construir edificios para los cuerpos de este mundo. Estoy sólo escuchando la voz de la esperanza, que desde lo profundo de mi ser me dice:

"Así como el amor vivifica el corazón del hombre no sin dolor, la ignorancia le enseña el camino del saber."

El dolor y la ignorancia conducen a la dicha plena y a la sabiduría porque el Ser Supremo no ha creado nada en vano bajo el sol.

Segunda Parte

Siento nostalgias de mi bello país, y amo a mi pueblo por su inmensa desdicha. Pero si mi pueblo se levantara estimulado por el pillaje, y estimulado por lo que ellos llaman "espíritu patriótico" se decidiera a matar, e invadiera los países vecinos, entonces la realización de tales atrocidades humanas me harían odiar a mi pueblo y a mi país.

Alabo el sitio donde nací y anhelo ver el hogar de mi niñez; pero si los habitantes de aquel hogar se

negaran a cobijar y a alimentar al humilde viajero, entonces convertiría mi alabanza en diatriba y mi anhelo en olvido. Una voz en mi interior me dice: "El hogar que no alivia al necesitado no merece nada más que la destrucción."

Amo a mi ciudad natal con el mismo amor con que amo a mi país; y amó a mi país con el mismo amor que siento por la tierra, que es mi patria de extremo a extremo; y amo a la tierra con todo mi ser porque ella es el cielo de la humanidad, una manifestación del espíritu de Dios.

La Humanidad es el espíritu del Ser Supremo en la tierra, y esa humanidad está de pie entre las ruinas, ocultando su desnudez con harapos, derramando lágrimas sobre huecas mejillas y llamando a sus hijos con voz lastimera. Pero los niños se hallan ocupados entonando el himno de su clan; están ocupados afilando las espadas y no pueden oír el llanto de las madres.

La Humanidad apela a sus hombres, pero ellos no escuchan. Si solamente uno escuchara y consolara a la madre secándole las lágrimas, los demás dirían: "Es débil, lo dominan los sentimientos."

La Humanidad es el espíritu del Ser Supremo en la tierra, y ese Ser Supremo predica el amor y la buena voluntad. Pero los hombres se mofan de tales enseñanzas. Jesús el Nazareno escuchó, y la crucifixión fue su recompensa; Sócrates escuchó la

voz, y la siguió, y también él fue víctima en cuerpo.

Los discípulos del Nazareno y de Sócrates son los discípulos de la Deidad, y ya que la gente no ha de matarlos, los escarnecen diciéndoles: "Escarnecer es más amargo que matar."

Jerusalén no pudo matar al Nazareno, ni Atenas a Sócrates; aún viven y vivirán eternamente. El escarnio no puede triunfar sobre los discípulos de la Deidad. Ellos viven y crecen eternamente.

Tercera Parte

Eres mi hermano porque eres un ser humano, y ambos somos hijos de un único Espíritu Santo; somos iguales y hechos con el mismo barro.

Estás aquí como mi acompañante en el sendero de la vida y como mi ayuda para comprender el significado de la Verdad oculta. Eres un ser humano y con eso ya es suficiente; te quiero como a un hermano. Puedes decir de mí lo que desees, el Mañana te llevará consigo, y tus palabras serán usadas en el juicio como fiel testimonio, y recibirán justicia. Puedes privarme de todo lo que poseo, pues mi avidez me llevó a amontonar riquezas, y puedes llevártelo todo si eso te satisface.

Puedes hacer conmigo lo que quieras, pero no serás capaz de tocar mi Verdad.

Puedes dejar que me desangre o quemar mi cuerpo,

pero no podrás dañar ni matar mi alma.

Puedes encadenarme de pies y manos, y ponerme en oscura celda, pero no esclavizarás mi pensamiento, porque es libre como la brisa del vasto firmamento.

Eres mi hermano y te amo. Te amo cuando veneras en la iglesia, cuando te hincas en el templo y cuando oras en la mezquita. Tú y yo y todos somos hijos de un mismo credo, porque los innumerables senderos de la religión no son sino los dedos de la amante mano del Ser Supremo, extendida hacia todos, a todos ofreciendo tranquilidad de espíritu, y ansiosas de recibirnos a todos.

Te amo por tu Verdad, derivada de tu Sabiduría; esa Verdad que la ignorancia me impide ver. Pero la respeto como un hecho divino, porque es una manifestación del espíritu. Tu Verdad y la mía se encontrarán en el más allá y se confundirán como la fragancia de las flores y serán una Verdad única y eterna, que se perpetuará y vivirá en la eternidad del Amor y la Belleza.

Te amo porque eres débil ante el poderoso opresor y pobre ante el ávido rico. Por estas razones derramo lágrimas por ti y te consuelo; y detrás del velo de lágrimas te veo rodeado por los brazos de la Justicia, sirviendo y Perdonando a tus perseguidores. Eres mi hermano y yo te amo.

Cuarta Parte

Eres mi hermano, ¿pero por qué te vuelves contra mí? ¿Por qué me invades y tratas de someterme para agradar a todos aquellos que persiguen la gloria y la autoridad?

¿Por qué abandonas a tu esposa e hijos y sigues a la Muerte hacia tierras lejanas por el bien de aquellos que compran la gloria con tu sangre, y el supremo honor con las lágrimas de tu madre?

¿Acaso es un honor para el hombre matar a su hermano? Si así lo crees, conviértelo en un acto de veneración y erige un templo a Caín que asesinó a Abel.

¿Es el instinto de conservación la ley capital de la Naturaleza? ¿Por qué entonces, la Avidez nos induce al autosacrificio sólo para lograr el propósito de herir a sus hermanos?

Ten cuidado, hermano mío, del líder que dice: "El amor a la vida nos obliga a privar al pueblo de sus derechos." Pues yo digo que proteger los derechos de los demás es el acto humano más noble y más hermoso; si para vivir tuviera que matar a otros, entonces la muerte sería más honrosa para mí, y si no puedo hallar a nadie que proteja mi honor, entonces no dudaría en quitarme la vida con mis propias manos en aras de la Eternidad, antes de que la muerte llegue.

El egoísmo, hermano mío, es la causa de la ciega superioridad, y la superioridad conduce al clan, y el clan conduce a la autoridad que a su vez conduce a la discordia y al sojuzgamiento.

El alma cree en el poder de la sabiduría y de la justicia sobre la oscura ignorancia; niega la autoridad que provee las espadas que defienden y fortifican la ignorancia y la opresión: esa autoridad que destruyó Babilonia y estremeció los cimientos de Jerusalén y dejó a Roma en ruinas. Es la misma autoridad que hace que la gente llame grandes hombres a los criminales, que los escritores respeten sus nombres, que los historiadores relaten sus inhumanidades en forma de alabanza.

La única autoridad que reconozco es el respeto y el cumplimiento de la Ley Natural de la justicia.

¿Qué clase de justicia despliega la autoridad cuando mata al asesino? ¿Cuándo encarcela al ladrón? ¿Cuándo desciende sobre un territorio vecino y mata a su pueblo? ¿Qué piensa la justicia de la autoridad bajo la cual el asesino castiga al asesino y el ladrón sentencia al ladrón?

Eres mi hermano, y yo te amo; y el Amor es la justicia plena de intensidad y dignidad. Si la justicia no defiende mi amor por ti, independientemente de tu tribu o comunidad, seré un impostor que oculta al pérfido egoísmo bajo la apariencia externa del amor puro.

Conclusión

Mi alma es un amigo que me consuela en la desdicha y en el dolor. Aquel que no trata a su alma como a un amigo es un enemigo de la humanidad, y aquel que no halla alivio humano en sí mismo perecerá en la desesperación. La vida emerge de lo interior y no de lo exterior.

He venido a decir una palabra y ahora la diré. Pero si la muerte me impide pronunciarla, será dicha por el Mañana, pues el Mañana jamás deja secretos en el libro de la Eternidad.

He venido a vivir en la gloria del Amor y a la luz de la Belleza, reflejos de *Dios*. Aquí vivo, y la gente es incapaz de desterrarme de los dominios de la vida, pues saben que viviré en la muerte. Si me arrancan los ojos escucharé el murmullo del Amor y la melodía de la Belleza.

Si cierran mis ojos me regocijaré con la brisa que se confunde con el incienso del Amor y la fragancia de la Belleza.

Si me arrojan a la nada, viviré junto con mi alma, hija del Amor y la Belleza.

He venido hasta aquí para permanecer en todo y con todos, y lo que hoy hago en soledad será divulgado entre los hombres por el Mañana.

Lo que ahora digo con un corazón será dicho

mañana por muchos corazones.

EL LECHO NUPCIAL 1

Precedidos por monaguillos que portaban velas y seguidos por sacerdotes y amigos, los contrayentes abandonaron el templo en compañía de jóvenes y mujeres que caminaban al lado de los novios cantando y colmando el cielo de bellas y alegres melodías.

Cuando la procesión llegó a la residencia del novio, los recién desposados tomaron las principales ubicaciones en el vasto salón, y los celebrantes se sentaron en cojines de seda y en sillones de terciopelo, hasta que el lugar se colmó de una multitudinaria concurrencia deseosa de felicitar a la pareja. Los sirvientes pusieron las mesas, y los invitados comenzaron a brindar por la novia y el novio, mientras los músicos apaciguaban el espíritu con sus cuerdas. Podía oírse el tintineo de las copas de cristal entrechocándose, al unísono con el repiqueteo de los tambores. Las doncellas comenzaron a danzar ágilmente, contorneando sus flexibles cuerpos al compás de la música, mientras el resto de los invitados las observaban extasiados y bebían cada vez más vino.

En pocas horas la escena de una alegre y agradable ceremonia nupcial se convirtió en una tosca y

profana orgía. Aquí, un joven derrama sus sentimientos de súbito cuestionable amor sobre una atractiva doncella. Más allá, otro joven intenta entablar conversación con una dama, mas tiene dificultades para traer a la memoria enturbiada por el vino las bellas palabras pensadas. De tanto en tanto podía oírse a un anciano exigir a los músicos repetir aquella canción que le recordaba sus épocas pasadas. En este grupo una mujer coquetea con un hombre quien, a su vez, mira apasionadamente a su rival. En aquel rincón, una dama de cabellos cenicientos observa risueña a las doncellas, tratando de elegir entre ellas esposa para su único hijo. De pie junto a la ventana, una mujer casada aprovecha la oportunidad en que su marido se halla ocupado con la bebida, para hacer planes con su amante.

1 Este hecho ocurrió en el norte del Líbano a fines del siglo XIX y me fue revelado por un familiar de uno de los principales protagonistas del cuento, y quien presencié el incidente descrito. (Khalil Gibrán).

Parecía como si todos estuvieran recogiendo los frutos del presente y olvidando el pasado y el futuro. Mientras todo ocurría la radiante novia observaba a los presentes con ojos tristes. Se sentía como una desdichada prisionera tras los barrotes de una celda,

y frecuentemente buscaba con la mirada a un joven que se hallaba solo en el otro extremo del salón, como ave herida y pérdida su bandada. Tenía la mirada fija en un punto del techo y parecía completamente extraviado en un mundo de tinieblas.

Llegó la medianoche y la exaltación de la multitud creció hasta lo insospechable, hasta que tuvo el aspecto de una locura despiadada, porque la mente estaba libre y la lengua había perdido su control.

El novio, hombre entrado en años y ya en estado de ebriedad, dejó a la novia librada a su suerte y comenzó a pasearse entre los invitados, bebiendo con ellos y agregando combustible a las llamas de su embriaguez.

A una señal de la novia, una doncella vino a sentarse al lado de ella. Entonces la novia giró la cabeza y miró hacia uno y otro lado, y luego le susurró con voz trémula:

-Te ruego, compañera mía, y apelo a ti en nombre de nuestra amistad y de todo lo que amas en este mundo, que vayas y digas a Saleem que me espere en el jardín bajo el sauce. Por favor, Susan, llévale mi pedido y dile que acceda; recuérdale nuestro pasado y dile que moriré si no lo veo. Dile que debo confesarle mis faltas y pedirle perdón; dile que quiero exponer todos los secretos de mi corazón ante él. Apresúrate, y no temas.

Susan remitió el mensaje de la novia con sinceridad; Saleem la miró como un hombre sediento mira un río distante y dijo suavemente:

-La esperaré en el jardín bajo el sauce.

Salió de la casa, y unos minutos después la novia lo seguía, escurriéndose entre los embriagados. Al llegar al jardín miró hacia atrás como gacela que huye del lobo, y luego se dirigió hacia el sauce donde la aguardaba el joven. Cuando estuvo junto a él lo rodeó con sus brazos y dijo entre sollozos: - Escúchame, amado mío, siento haber actuado apresurada e impensadamente. Mi corazón está lleno de tristeza; te amo a ti y a ningún otro; seguiré amándote hasta el fin de mis días. Me han mentido y me han dicho que tú amabas a otra, y Najeebee me decepcionó cuando me dijo que tú estabas enamorado de ella. Hizo eso para inducirme a que aceptara casarme con su primo, tal como mi familia tenía planeado desde hacía tiempo. Ahora estoy casada, pero tú eres el único a quien amo, y tú eres mi esposo. Ahora que me he quitado el velo de los ojos y me he aproximado a la verdad, he venido aquí para seguirte hasta el fin de la vida, y nunca regresaré junto al hombre a quien la falsedad y las rígidas costumbres me han elegido por esposo. Apresurémonos, amado mío, y abandonemos este sitio al amparo de la noche. Vayamos a la costa y subamos a una nave que nos llevará a tierras lejanas

donde podamos vivir juntos sin ser molestados. Vayámonos ahora para que al alba estemos lejos de las garras del enemigo; tengo suficientes joyas como para que podamos vivir tranquilos el resto de nuestros días... ¿Por qué no hablas Saleem? ¿Por qué no me miras? ¿Acaso no escuchas los gemidos de mi alma y el llanto de mi corazón? ¡Habla, y apurémonos a irnos de aquí! Los minutos que se escurren son más valiosos que los diamantes, y máspreciados que las coronas de los reyes.

Su voz era más calma que el susurro de la Vida, y más angustiada que el quejumbroso llamado de la Muerte, y más tenue que el crujido de las alas, y más profunda que el mensaje de las olas... era una voz que vibraba de esperanza y desesperación, de placer y dolor, de felicidad y desdicha, con deseos de vida y deseos de muerte. El joven escuchaba con atención, pero en su interior el Amor y el Honor libraban una intensa batalla... El Honor que reconforta el espíritu, y el Amor que Dios puso en cada corazón humano... Tras un silencio prolongado, el joven alzó la cabeza y desvió los ojos de los de la novia, que lo miraba trémula de ansiedad, y respondió quedamente:

-Regresa a tu destino, ya es demasiado tarde. La sobriedad ha borrado lo que la embriaguez ha escrito. Vuelve antes de que los invitados te descubran aquí y diles que has traicionado a tu

marido en la noche de bodas de la misma forma en que me traicionaste a mí en mi ausencia.

Al oír estas palabras, la joven se estremeció como una trémula rosa ante la tempestad y dijo dolorida:

-Jamás regresaré a la casa que he abandonado para siempre. Ahora me siento como un prisionero que abandona el desierto... No me eches de tu lado diciendo que te he traicionado. Las manos que unieron nuestros corazones son más fuertes que las manos del emir y de los sacerdotes que entregaron mi cuerpo a mi asqueante cónyuge. No hay poder capaz de separarme de ti... ni siquiera la Muerte puede separar nuestras almas, porque sólo los Cielos pueden torcer la voluntad de los Cielos.

Fingiendo desinterés y tratando de librarse de la presión de los brazos que lo rodeaban, Saleem replicó:

-¡Aléjate de mí! Amo a otra con intensidad que me hace olvidar que existes. Najeebee estaba en lo cierto cuando te dijo que la amaba. Regresa junto a tu esposo y sé una esposa fiel como la ley manda.

-¡No, no! ¡No te creo, Saleem! -protestó desesperadamente la novia-. Bien sabes que me amas, puedo leerlo en tus ojos; percibo tu amor cuando me acerco a ti; nunca te dejaré para ir junto a mi esposo mientras palpita mi corazón; vine aquí para seguirte hasta el fin del mundo. Muéstrame el camino, Saleem, o déjame morir aquí.

-Déjame -dijo Saleem sin alterar el tono de su voz-, o llamaré la atención de la gente a este jardín y te pondré en ridículo ante Dios y ante los hombres y dejaré que mi amada Najeebee se ría de ti y se enorgullezca de su triunfo. Mientras Saleem luchaba por librarse de sus brazos, la esperanzada, tierna y suplicante mujer se transformó en una leona que ha perdido sus cachorros, y gritó:

-¡Nadie me vencerá jamás ni me quitará mi amor! Después de haber pronunciado estas palabras, extrajo una daga oculta bajo su traje nupcial, y la clavó en la garganta del joven con la rapidez del relámpago. Cayó sobre la hierba como un retoño arrancado por la tormenta, y ella se inclinó sobre el cuerpo sosteniendo la daga manchada de sangre en una mano. Él abrió los ojos y con labios trémulos susurró:

-Acércate ahora, amada mía; ven, Lyla y no me abandones. La Vida es más débil que la muerte, y la Muerte más débil que el Amor. Escucha la risa cruel de los invitados en la casa, oye cómo tintinean y se quiebran las copas de cristal, amada mía. Lyla, me has rescatado del sufrimiento de la vida. Déjame besar la mano que rompió las cadenas y me liberó. Bésame y perdóname, pues no he sido fiel.

"Posa tus manos manchadas de sangre sobre mi triste corazón, y cuando mi alma se eleve al vasto firmamento pon la daga en mi mano derecha y di

que yo mismo me he quitado la vida. Se detuvo para tomar aliento y dijo en un susurro:

-Te amo, Lyla, y jamás he amado a otra. El autosacrificio es más noble que huir contigo. Bésame, oh Lyla... Apoyó la mano sobre su herido corazón y dio el último suspiro. La novia miró hacia la casa y gritó en desgarrante agonía

-¡Salid de vuestro estupor, que aquí se celebra la boda! ¡La novia y el novio os aguardan! ¡Venid a ver nuestro mullido lecho! ¡Despertad, insano y bebedores; corred a este sitio para que podamos revelaros la verdad del Amor, la Muerte y la Vida!

Su histérico grito atravesó la casa y retumbó en los oídos de los invitados. Como en un trance, todos se precipitaron a la puerta y salieron mirando hacia todos lados. Al aproximarse a la escena de tan trágica belleza y al ver a la novia llorando sobre el cuerpo de Saleem, retrocedieron temerosos y nadie se atrevía a acercárseles. Parecía como si el hilo de sangre que brotaba del corazón del joven y la daga que sostenían en la mano, los hubiera hechizado y hubiera helado la sangre de sus cuerpos. La novia los miró y gimió amargamente:

-¡Acercaos, cobardes! ¡No temáis al espectro de la Muerte cuya grandeza rehúsa aproximarse a vuestra insignificancia, y no os asustéis de esta daga, pues es un instrumento divino que rehuye tocar vuestros cuerpos impíos y vuestros huecos

corazones! Mirad a este hermoso joven... Es mi amado, y lo maté porque lo amaba... es mi novio y yo soy su novia. Buscamos un mullido lecho que fuera digno de nuestro amor, en este mundo al que habéis empequeñecido con vuestras tradiciones e ignorancia. Pero hemos elegido este lecho. ¿Dónde está esa pérfida mujer que traicionó a mi amado y dijo que él la amaba? ¿Dónde está aquella que pensó que me vencía? ¿Dónde está Najeebee, la serpiente infernal que me desilusionó? ¿Dónde está la mujer que os ha reunido aquí para celebrar la partida de mi amado y no el matrimonio del hombre que había elegido para mí? Mis palabras deben resultaros extrañas, pues el abismo no puede comprender el canto de las estrellas. Diréis a vuestros hijos que he matado a mi amado en la noche de bodas. Mi nombre será una blasfemia en vuestros sucios labios, pero vuestros nietos me bendecirán, pues el Mañana liberará a la verdad y al espíritu. Y tú, ignorante esposo mío, que compraste mi cuerpo pero no mi amor, y que me tienes pero no me posees, eres el símbolo de esta desdichada nación, que busca la luz en las tinieblas, y aguarda que el agua brote de la roca; tú simbolizas un país gobernado por la ceguera y la estupidez; tú representas a la falsa humanidad que corta brazos y gargantas para alcanzar el collar o la pulsera. Ahora te perdono, pues el alma que parte dichosa perdona

los pecados de la gente.

Entonces la novia alzó la daga al cielo, y como un sediento que acerca a sus labios al borde de la copa, dejó caer su brazo clavándosela en el pecho. Cayó junto a su amado como un lirio despojado de su flor por una afilada hoz. Las mujeres contemplaban la horrible escena y gritaban escandalizadas; algunas se desvanecieron y el rugido de los hombres colmó los cielos. Al acercarse a las víctimas, vergonzosa y respetuosamente, la agonizante novia los miró, y mientras la sangre manaba de su herido cuerpo, les dijo: ,

-Alejaos de nosotros y no separéis nuestros cuerpos, porque si cometéis tal pecado, el espíritu que flota sobre vosotros os apresará y os quitará la vida. Dejad que la tierra hambrienta engulla nuestros cuerpos y nos oculte en su seno. Dejad que nos proteja así como protege a las semillas hasta que llega la primavera y vuelve la vida pura y el despertar.

Se acercó al cuerpo de su amado, posó los labios sobre los fríos labios de él y dijo sus últimas palabras:

-¡Mira, eterno mío... mira a nuestros amigos!

¡Mira cómo los celosos rodean nuestro lecho!
¡Oye él castañeteo de sus dientes y el crujido de sus dedos! Me has esperado mucho tiempo, Saleem, y aquí estoy pues he foto las cadenas. Vayamos hacia

el cielo, pues ya hemos esperado demasiado tiempo en este tenebroso mundo carcelario: Todo se desvanece de mi vista y sólo puedo verte a ti, amado mío. Estos son mis labios, mi más preciada posesión terrena... acepta mi último suspiro humano. Ven, Saleem, vámonos ahora. El Amor ha desplegado sus alas y se ha elevado hacia la gran luz.

Inclinó la cabeza sobre el pecho, pero sus ciegos ojos aún estaban mirándolo.

Reinó el silencio, como si la dignidad de la muerte se hubiera apoderado de las fuerzas de los presentes impidiéndoles moverse. Entonces el sacerdote que había celebrado la ceremonia matrimonial se adelantó y señalando a la pareja unida por la muerte dijo:

-¡Malditas son las manos que tocan estos ensangrentados cadáveres carcomidos por el pecado. Y malditos son los ojos que derraman lágrimas de pesar sobre estas dos almas endemoniadas. Dejad que el cuerpo del hijo de Sodoma y de la hija de Gomorra sigan yaciendo en este morboso sitio hasta que las bestias devoren su carne y el viento esparza sus huesos. ¡Regresad a vuestros hogares y alejaos de la contaminación de estos pecadores! ¡Dispersaos ahora, antes de que os alcancen las llamas del infierno, que aquel que aquí permanezca será maldecido y excomulgado de la iglesia y jamás volverá a entrar al templo ni a ofrendar con las

cristianas alabanzas a Dios!

Susan, último mensajero de los enamorados, se adelantó valientemente y se detuvo ante el sacerdote. La joven lo miró con los ojos llenos de lágrimas y le dijo:

-Yo permaneceré aquí, hereje despiadado, y yo los custodiaré hasta que llegue el alba. Cavaré un sepulcro para ellos bajo estas ramas suspendidas, y los sepultaré en el jardín en que se dieron el último beso. Abandonad este sitio de inmediato, pues el cerdo detesta el aroma del incienso, y los ladrones temen al señor de la casa y a la llegada de los primeros destellos del alba. Corred hacia vuestro lecho tenebroso, pues los himnos angelicales no penetran vuestros oídos clausurados con el sólido cemento de las reglas crueles y vanas.

La multitud se dispersó lentamente junto con el consternado sacerdote, y Susan permaneció junto a Lyla y a Saleem, como una madre protege a sus hijos en el silencio de la noche.

Cuando la multitud hubo abandonado completamente el sitio, se hincó de rodillas y lloró con los ángeles.

